

La Ilustracion Nacional

REVISTA DECENAL

10 DE NOVIEMBRE DE 1884

ADMINISTRACION Y REDACCION
Almirante, 2, quintuplicado.

TOMO 2.º—NÚM. 43



DESPUES DE LA GUERRA (Cuadro de Horacio Lengo).

SUMARIO

GRABADOS: Despues de la guerra (cuadro de Horacio Lengo).—Cruz de Voluntarios de Cuba.—D. Miguel Perez y Céspedes, Teniente Coronel de milicias.—D. José María Fortun, marqués de Placetas, Coronel de caballería.—D. Juan A. Bancés y Alvarez, Coronel del batallon Voluntarios ingenieros de la Habana.—D. Juan Antonio Castillo y Castresana, Comandante jefe de Guías del Capitan general.—Distracciones en la costa.—Posesiones de África: recuerdos de Melilla —¡Adios, adios!—Don Emilio Bonelli, rodactor de LA ILUSTRACION NACIONAL.—Artillería china: Conferencia sobre los efectos de una ametralladora.—Descubrimiento y conquista de Filipinas (cróquis de D. D. E.).

TEXTO: Crónica, por D. Alfonso Ordax.—Despues de la guerra.—Album militar (cuatro biografías).—Distracciones en la costa.—Recuerdos de Melilla.—¡Adios, adios!—D. Emilio Bonelli.—Artillería china.—Recuerdos de Filipinas: monumento á la memoria de Magallanes y de Legaspi.—Cruz erigida en Cebú por Magallanes.—¡Spoliarium! (ante el inspirado cuadro de Luna), por D. José Jackson Veyan.—Ciencias y sus aplicaciones, por S.—Estudios históricos: orden militar de Alcántara (continuación), por D. Angel Alvarez Araujo y Cuéllar.—La levita y la chaqueta (observaciones de actualidad), por D. A. D.—Observaciones sobre el concepto de la guerra, por D. Nemesio Fernandez Cuesta.—El anacoreta, por D. José de Siles.—¡Bebamos! poesia, por D. Cayetano de Alvear.—La novia del regimiento: escenas de la vida militar, por D. Eduardo Lopez Bago.—Sobre cubierta, por D. Eduardo del Palacio.—Variedades.

CRÓNICA

La crisis económica de Cuba reconoce como principal causa su subordinación á un grupo determinado de productores peninsulares. Las personas competentes en esta materia creen que urge estimular por todos los medios posibles las relaciones mercantiles de aquella isla con Puerto-Rico y la república norte-americana. Una administración civil ménos costosa, una hacienda preocupada ante todo del carácter reproductivo de sus gastos, un sistema de impuestos que no entorpezca el desenvolvimiento industrial, y otras disposiciones análogas, pueden ser incluidas en el sumario de esta obra difícil: la reconstitución de la riqueza cubana, en creciente riesgo de completa extinción.

Pero la iniciativa individual debe mostrarse ahora enérgica bajo todos los aspectos y en todas direcciones. Si la baja de los azúcares determinase la decadencia de esta industria, forzoso es buscar nuevos medios de producción nacional. Un periódico indica, á este fin, que el bagazo de la caña de azúcar hace un papel útil con muy poco coste. La civilización de los territorios africanos y otros, aumentará en breve prodigiosamente el consumo de este artículo. Se idean además nuevas aplicaciones del papel; ya no sólo sirve para envolver géneros de bastante peso; se trata de darle una consistencia capaz de competir con la madera, y aún el hierro, en la construcción de ciertos artefactos. El campo, en fin, de la invención humana no parece tener límites, y un desenvolvimiento de la instrucción científica puede promover en Cuba, como en España, nuevas industrias más ó ménos apropiadas á las condiciones de las primeras materias de que estos países disponen. Asimismo, en las cuestiones administrativas (con preferencia á los más generales de política), la iniciativa individual no debe ser indolente ni tímida. Apoyaremos desde aquí sus quejas, con el vivo afecto que esa infortunada isla nos inspira, y

creemos que el Gobierno de la metrópoli hará justicia á estas reclamaciones. Porque nos es imposible imaginar siquiera que haya aquí, entre nosotros, á esa distancia que constituye una probabilidad natural de imparcialidad y desinterés, quien no sienta la necesidad de salvar á Cuba, para ligarla por el agradecimiento con más solidez que todos los artificios deleznable del puro temor ó de pasajeras conveniencias.

El Globo ha impugnado, bajo ciertos aspectos, el plan del general Salamanca. Nuestro colega ha visto claro el conflicto económico general; pero ha esquivado el problema de fondo y se ha circunscrito á una enumeración de los inconvenientes prácticos y los perjuicios que las disposiciones del general Salamanca pueden irrogar á las clases civiles. Planteada la cuestión de este modo, las críticas de *El Globo* pueden ser argüidas de inconsistencia. Y la demostración es fácil. ¿Qué pasa, no ya en el ejército, sino en todo el país? Lo decíamos en nuestro anterior *Crónica*:

«Es absurdo que el trabajo de circulación sea más reproductivo que el de la invención ó producción directa, y sin embargo, así sucede; en términos que hoy, la más escandalosamente lucrativa de las profesiones es la de *comisionista*, bajo todos aspectos, y con inclusión de los acaparadores, bolsistas y agiotistas de todo género. Investíguese bien el fondo último de sus funciones, y se verá que descansan en hábiles y bien concertadas ó *protegidas* interposiciones entre el *productor* y el *consumidor*.»

El Globo reconocerá que tal es, sin hablar de otras complicaciones económicas afines, una de las causas más importantes de la presente crisis económica. Y en presencia de este hecho, cuyas consecuencias han sido ya hace largo tiempo sentidas y sufridas con resignación, ¿cómo se ha de negar al individuo el derecho de ampararse en el grupo, y al grupo el de organizarse con tanta solidez como sus fuerzas ó circunstancias le permitan, para resistirla y no caer en esta fatal concurrencia, que constituye el ideal de algunos individualistas? La batalla se da hoy en los mostradores, y en esa batalla ha intervenido el general Salamanca con un carácter firme y un buen deseo, por los que sería injusto regatearle calificaciones lisonjeras.

Lo demás que insinúa *El Globo*, no le incumbe ya al expresado general. Compete á los hombres de Estado y á los pensadores que investigan una reorganización social de que muy pocos, en España, tienen un presentimiento siquiera.

El sentimiento de una población entera (la fastuosa Viena) por la muerte de su predilecto pintor Hans Makart, revela hasta qué punto la admiración hacia los artistas va rayando en idolatría.

¿Podremos inferir de este hecho que crece la importancia del arte mismo, que se le procura y se le asigna influencia en la educación pública? En algunos países es muy probable que esta influencia esté reconocida, ya que no

eficaz y directamente apoyada. En otros, y sobre todo en los que más se jactan de artistas, se desdeña el arte; no se le considera más que como un elemento de placer ó vanidad; no se comprende su valor en el desenvolvimiento intelectual.

De todos los medios favorables á este desenvolvimiento, el de las Exposiciones es quizá el de mayor eficacia, porque bajo ciertos aspectos, una Exposición es también una escuela. Salvo la organización disciplinaria, todo lo demás es lo que nosotros quisiéramos que fuese una escuela: un mundo en miniatura; una colección animada de todos los objetos más diversos, y buenas clasificaciones científicas para la percepción más fácil posible de los contrastes ó las semejanzas.

Es imponderable, bajo este punto de vista, el carácter útil de las Exposiciones, ya especiales, ya universales. Pero siempre que fuera posible, debería perfeccionarse este gran medio de instrucción asociando el movimiento, las funciones peculiares, á cada forma expuesta. Así, por ejemplo, en la Exposición, organizada por la Sociedad de Escritores y Artistas, que en breve va á inaugurarse, nos ha complacido ver que se ha pensado en esos detalles que dejan una impresión viva y facilitan el conocimiento de lo que es un periódico; de las complejas, múltiples y tan diferentes operaciones que exige.

Se podría hacer también algo como una reproducción real de toda esta serie de trabajos que se conocen con los nombres de composición, confección, ajuste, imposición en máquina, tirada, etc. Parece posible que el teatro mismo admita algún día este género de representaciones, que serían no ménos agradables que útiles.

La sección de pinturas, está presentada en dicha Exposición con la cariñosa solicitud que requería el mérito de las obras expuestas. Pero, contemplándolas, entristece la consideración de que hay muchas personas de regular posición á las que se les podría clasificar una parte de su presupuesto, del modo siguiente:

GASTOS EN VEINTE AÑOS

| | |
|-----------------------|----------------|
| En los cafés. | 30.000 reales. |
| En teatros. | 60.000 » |
| En toros. | 16.000 » |
| En obras de arte. | Cero. |

¿Es creíble que una persona que invierte semejantes sumas de este modo, no destine la más insignificante cantidad para adquirir una obra artística? Es muy posible, y muy cierto por desgracia.

La Exposición se halla en la escuela construida bajo la dirección del Sr. Galdo en la calle de Alcalá, frente al parque del Retiro.

D. Lucas Aguirre dejó á este objeto un legado; y el Sr. Galdo, propagandista incansable de la instrucción, ha cumplido la última voluntad de aquel honrado hombre de ciencia con tan viva solicitud como admirable acierto.

El edificio se encuentra poco ántes de llegar á la plaza de toros. El Sr. Galdo, al elegir este sitio, parece que ha querido decir á las generaciones venideras: *Deteneos aquí. No paseis adelante* Aquí está el solo camino de la feli-

cidad posible: una serie de satisfacciones intelectuales.

La escuela está dotada de un material muy bien ideado para facilitar los conocimientos científicos ó fundamentales sin recurrir á los libros, que sólo en un período y condiciones muy delicadas de desenvolvimiento intelectual pueden ser utilizados con fruto en una enseñanza verdaderamente racional. El método de las *lecciones de cosas* constituye sin duda una proscrición del libro en todo el período inicial de la instrucción, y se debe siempre reservar al maestro la apreciación de la oportunidad en que será ventajoso reemplazar la enseñanza de una impresión ó un ejemplo, con el frío, mudo y no siempre claro, ni bueno, ni conciso texto de una obra doctrinal. Es verdad que el desenvolvimiento de la memoria no debe ser absolutamente descuidado; pero para este caso bastará con un pequeño volumen, en el que se coleccionen todas aquellas fórmulas científicas de más importancia, y algunas frases literarias ó históricas de mérito extraordinario. Tal parece haber sido, con más ó menos exageración de sistema, el pensamiento del señor Galdo, que en otro país, como en Francia, Paul Bert, hubiera sido objeto de las más altas distinciones oficiales; pero aquí rara vez va á buscarse al hombre de ciencia á su bufete.

Varios periódicos han enumerado hasta *veintidos* libros de literatura pornográfica, que, con títulos más ó menos transparentes de su objeto, se disputan el favor del público. En Jerez fué vitoreado Mazzantini en términos, que (según *El Guadalete*) se vió obligado á increpar á aquella muchedumbre por la *imbécil* ovación que destinaba á un hecho de ninguna utilidad para el pueblo.

Otro periódico continúa haciendo una estadística de crímenes que no es consoladora ni lisonjera para el Estado, cuya primera misión es, sin duda, la seguridad personal.

Terminemos estas tristes citas.

El resumen es ya desgraciadamente harto conocido. Los estudios superiores están abandonados. La instrucción y la educación de los sentimientos no avanza apénas. Crece, en cambio, un innoble deseo de goces absurdos y pueriles.

Mazzantini, en fin, ha dado al Gobierno un ejemplo distinguidísimo de cómo se debe ya proceder con respecto á ciertos extravíos populares. Con la desaprobación y aún contradicción más ó menos expresa.

Paralelamente hay que crear á toda prisa grandes focos de cultura general y profesional.

El movimiento colonial extranjero, la cuestión de Africa, el libre-cambio internacional, cada vez más inevitables, y otra multitud de problemas análogos, van á sorprendernos, si no, en una decadencia de proporciones y resultados indeterminables.

En el Centro Militar, la apertura de sus sesiones literarias ha sido solemnizada como en años anteriores, con lecturas notables de género diverso.

La primera conferencia de este año fué dada por el general Servet, y la segunda por

el general Ruiz Dana. Como el mejor modo de encomiar á las personas de verdadero mérito es á nuestro juicio, el de hacer resaltar éste por un profundo análisis de sus obras, nos proponemos destinar sección especial al examen de estas notables conferencias y otras muchas que han sido ya muy justamente aplaudidas en el *Centro Militar*.

Se han recibido ya los trabajos para el certamen en honor del marqués de Santa Cruz, y han pasado á las comisiones correspondientes, presididas por los generales Ros de Olano, Bermudez Reina y Daban.

Para el otro certamen (el dispuesto por la Junta directiva), se admitirán trabajos hasta el 15 del mes actual. Los premios son dos: uno de dos mil pesetas y otro de mil. Ha sido una buena idea la de establecer premios en metálico, y nosotros quisiéramos que se imitase este ejemplo en todos los concursos, porque si un agraciado prefiere convertir la cantidad en un objeto de recuerdo, se le podría complacer sin dificultad ninguna, mientras que si otro prefiere ó necesita dinero, es imposible complacerle por el sistema ordinario de las rosas, las plumas, las bandejas, previamente hechas.

El general Primo de Rivera, director de Infantería, estudia el medio de imprimir algún movimiento á las escalas. La de alféreces y capitanes, sobre todo, es objeto de su mayor atención. Si lograra amortizar el excedente de esta clase, el beneficio refluiría naturalmente en las de subalternos. Pero, á su juicio, esto no es suficiente. De modo que, en el caso de aumentar la oficialidad de depósito, como proyecta, este aumento no será sólo de un capitán por batallón, sino de un alférez también, hasta lograr así, por combinaciones análogas, el ascenso simultáneo de próximamente 180 alféreces.

Mucho influirá en el porvenir de nuestro ejército el general Primo de Rivera, si llegara á realizar tan plausibles propósitos. Y nos encontramos en la obligación de aplaudirlos con tanta más vehemencia, cuanto que nuestros compañeros recordarán tal vez algunas de nuestras consideraciones anteriores sobre este punto concreto:

«Abrase el escalafón de alféreces (decíamos en *Marzo último*), y se verá que el número 16 tiene la antigüedad de Abril 1875 y el 1.251 la de Diciembre del mismo año. Pues bien: este alférez que sólo es ocho meses más moderno que el anterior, ascenderá, con el movimiento actual de la escala, seis ó siete años más tarde que su compañero.

La injusticia de la suerte es aquí notoria. Pero el deber del que gobierna es disminuir todo lo más posible la influencia del acaso. Por consiguiente, si no en una sola propuesta, *en dos ó tres* lo más, todos los alféreces del 75 deberían ascender á tenientes».

Si esto se consiguiese por la patriótica iniciativa del general Primo de Rivera, habría que reconocer que entramos en un período normal de organización, que ya era de todo punto necesario.

ALFONSO ORDAX.

DESPUES DE LA GUERRA

(CUADRO DE HORACIO LENGÓ)

Los cuadros del autor de *Julieta y Romeo*, *El, Ella* y otros muchos, que el público aprecia en el alto grado que se merecen, se distinguen siempre por lo original de la idea que ha presidido á la ejecución, tanto ó más que por la entonación y el colorido, en que es extremadamente correcto y hábil este artista.

El cuadro que reproduce el grabado de la página primera confirma nuestro aserto. En el que fué campo de terrible batalla, yace olvidado, entre las quebraduras de la empinada roca, y envuelto en cortina de follaje, el yelmo que ciñó un día la noble cabeza del guerrero. Dos aves, que simbolizan la paz, han hecho su nido en la que fué arma de guerra y será reliquia si algún día los ojos del hombre la descubren. Caída la babera, la visera alta, asoman por el hueco sus gentiles cabezas las dos palomas y parecen arrullarse dentro de aquel objeto en que se agitaron mil ideas de destrucción y de muerte, y mil pensamientos de ventura y amor, malogrados por la mano implacable de la fatalidad.

ÁLBUM MILITAR

Un largo paréntesis, no debido á nuestra voluntad, ha sufrido la publicación de la galería de retratos de los jefes de cuerpo que veníamos publicando.

Nos proponemos reanudar nuestra interrumpida tarea, aumentando la colección de este curioso é interesante álbum con los retratos de los jefes de voluntarios de la isla de Cuba.

Entre las instituciones que en los difíciles tiempos por que atravesamos se han mostrado merecedoras al reconocimiento de la patria, y respondido más cumplidamente al objeto de su misión, figuran los cuerpos de milicias y de voluntarios de la gran Antilla española.

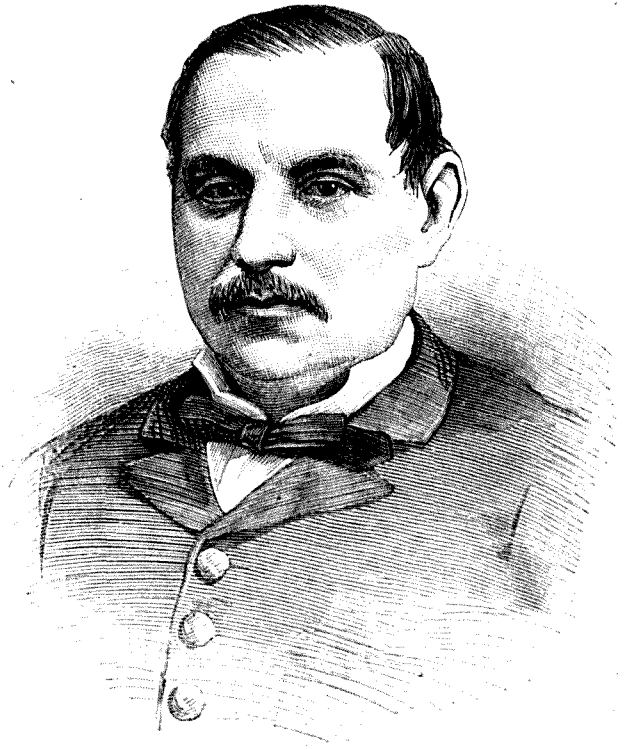
En repetidas ocasiones, desde las columnas de esta Revista, hemos procurado poner de relieve los valiosos servicios que dichos cuerpos han sabido llevar á cabo con inclita constancia, con sin igual desinterés y valor durante la terrible guerra separatista, sus admirables virtudes cívicas y militares, y sus inquebrantable lealtad, sosten firmísimo de la integridad nacional y escudo de los más caros intereses patrios. Admiradores entusiastas de esos españoles que viven lejos de la Península, y que viven alentando siempre la dulce esperanza de regresar á terminar en ella sus días, ó embelleciendo su existencia con el recuerdo sagrado del país en que les cupo nacer, no perdonamos medio de demostrarles nuestras simpatías y de honrar sus cualidades, convencidos de que, al obrar así, nos honramos también nosotros, como hermanos nuestros que son, no solamente por hijos de la misma patria, sino por comunidad de ideas y de principios.

¡Todo por España! dicen ellos, en las apartadas tierras donde moran, porque otros ecos que aquí resuenan, se apagan en las aguas del Océano; ¡todo por España, todo por la dignidad y el decoro nacional! decimos también nosotros, cerrando los oídos y el corazón al clamor incesante que producen las estériles luchas de partido, al espectáculo desolador que ofrece por do quiera una sociedad acostumbrada á no preocuparse del mañana.

A los voluntarios de ambas Antillas, á cuantos sirven en los cuerpos de milicias de Cuba y Puerto-Rico, consagramos por igual estas frases, hijas de un afecto tan sincero como espontáneo. La ocasión ha sido buscada por nosotros con tanta solicitud como buen deseo. Del mismo modo que hemos ido dando á la estampa los retratos de gran número de jefes y oficiales de nuestro ejército, pensamos hacer extensiva esta manifestación á los de voluntarios y milicias, y practicamos al efecto gestiones para que nuestros corresponsales en Ultramar no los proporcionasen, insistiendo una y otra vez hasta lograr el resultado que nos prometíamos; y hoy tenemos la satisfacción de dar modesto asilo en estas columnas á los retratos de cuatro jefes de dichos



D. MIGUEL PEREZ Y CESPEDES
Teniente Coronel de Milicias, muerto en el campo del honor.



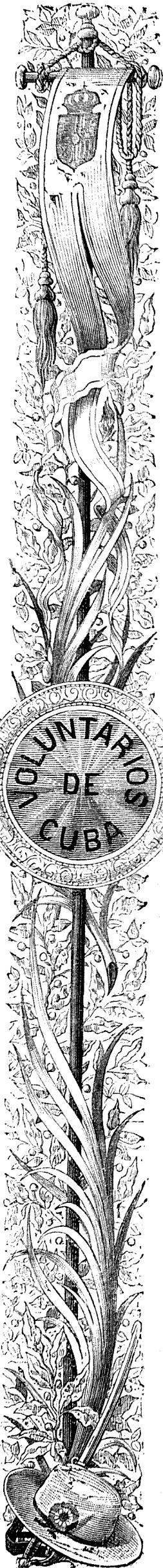
D. JOSE MARÍA FORTUN
Marqués de Placetas, Coronel del regimiento caballería, voluntario de Camajuaní, fallecido el 23 de Setiembre próximo pasado.



D. JUAN A. BANCÉS ALVAREZ
Coronel del Batallón de Voluntarios Ingenieros de la Habana.



D. JUAN ANTONIO CASTILLO Y CASTRESANA
Comandante, Jefe de la compañía de Voluntarios Guías del Capitan general.





DISTRACCIONES EN LA COSTA

institutos, dos de los cuales ya no existen, pero cuya memoria vivirá largo tiempo en el corazón y en la mente de cuantos aman sinceramente el nombre de la patria española.

DON MIGUEL PEREZ Y CÉSPEDES

Este es el nombre del que figura en primer término, y seguramente que nadie, entre la clase á que perteneció en vida le disputará este lugar.

D. Miguel Perez y Céspedes dejó tras sí una reputación legendaria. Perteneciente á la raza india, siloney, que poblaba la fértil isla de Cuba, cuando la descubrió el gran Colon, podía, con más razón que nadie, mostrarse desafecto á la causa de España; y lejos de pensar de este modo, vivió consagrado á ella, y por ella dió su noble existencia.

Nació D. Miguel Perez en 1808; á los diez y seis años entró á servir en milicias disciplinadas; conquistó uno por uno sus grados, llegando hasta el empleo de teniente coronel, y supo prestar siempre importantísimos servicios, dedicándose constantemente á reprimir el bandolerismo en el departamento Oriental. Su valor corría parejas con su inteligencia y voluntad; era todo un carácter, y así lo demostró al estallar la insurrección de Yara, poniéndose incondicionalmente al lado de las autoridades legítimas, que lo emplearon en los lances de mayor riesgo y dificultad.

Jefe de una columna el *viejo* Miguel, como se le llamaba cariñosamente, demostró una actividad inconcebible en un joven, cuanto más en quien contaba setenta y un años de trabajada vida. Su plan de conducta se condensaba en esta frase: «¡Al enemigo!» y sin parar atención en el número de sus contrarios, iba á su encuentro, y si lograba haberle á las manos, daba de él buena cuenta.

La fortuna abandonóle el 26 de Mayo de 1871, en el combate de Sábana Abajo, y cayó víctima del plomo enemigo, gritando «¡Viva España!» Hoy su nombre es objeto de un sagrado culto en la comarca donde nació, y generalmente venerado en toda la isla de Cuba.

DON JOSÉ MARTINEZ FORTUN, MARQUÉS DE PLACETAS

Seguramente serán conocidos por la mayoría de nuestros lectores los brillantes servicios que este patricio insigne prestó á su patria como militar y como ciudadano.

D. José Martínez Fortun, el rico hacendado de Remedios, falleció en Placetas, población por él fundada, el día 23 de Setiembre último, siendo su muerte generalmente sentida.

Era coronel de caballería, y mandaba el regimiento Voluntarios de Camajuani, al frente del cual hizo una gran parte de la campaña, conquistando una sólida reputación por su valor, talento y acendrado patriotismo.

La jurisdicción de Remedios, agradecida á cuanto hizo por ella en vida el marqués de Placetas, puede decirse que acudió en masa á sus funerales, con sus ayuntamientos, autoridades y corporaciones á la cabeza.

No bastarían todas las páginas de este número para hacer la apología del Sr. Fortun. Una espada puso en sus manos el Gobierno al estallar la guerra, y nadie, ni aún los que fueron sus enemigos, podrán citar un hecho que arroje la más leve sombra sobre su carácter. Victorioso siempre que combatió, jamás se ensañó en el vencido; extraño á las pasiones que las civiles luchas encienden, convirtió con sus nobles procederés á muchos adversarios, y produjo más bajas en las filas contrarias por estos medios, que otros causaron con la violencia. Pacificó la jurisdicción de Remedios; creó una sociedad de inmigración española, atrayendo millares de brazos á dicho territorio; fundó también un asilo de niñas pobres, y fué autor de un proyecto de colonias militares, que, de haberse realizado, tal vez produjera inmensas ventajas á España y Cuba.

La gratitud de los que fueron sus amigos ó subordinados se demuestra con la idea de elevarle una estatua en la plaza principal de Remedios; idea

que apenas concebida, ha empezado á ponerse en práctica.

Pueblos que así honran á sus hombres ilustres, bien pueden citarse como modelos de cultura.

DON JUAN A. BANCÉS Y ALVAREZ

El coronel, primer jefe del batallón de Ingenieros voluntarios de la Habana D. Juan Bancés Alvarez, prestó servicios á su país desde 1860, en que ingresó como soldado de milicias, habiendo pasado por casi todos los empleos de escala en dicho instituto, y en el de voluntarios hasta llegar al que hoy disfruta.

Es natural de San Roman, en la provincia de Oviedo, y nació en 1829. Su larga residencia en Cuba, su desinterés que llegó al extremo de haber facilitado muchos miles de pesos en diferentes suscripciones para adquirir armas y equipos con destino á los cuerpos en que ha servido; su amor á su país, y su decidida vocación por la carrera de las armas, le hacen disfrutar en la Habana de un alto concepto, habiendo merecido siempre señaladas distinciones por parte del Gobierno español y de las autoridades de la isla.

DON JUAN ANTONIO CASTILLO Y CASTRESANA

Este es el nombre del comandante jefe de la compañía de voluntarios Guías del capitán general.

Lo que decimos del Sr. Bancés puede aplicarse al Sr. Castillo, persona conocidísima en la Habana y generalmente querida.

El cargo, verdaderamente de confianza, que desempeña, prueba nuestra afirmación. El Sr. Castillo reúne condiciones de carácter que han sabido apreciar siempre cuantas autoridades se han sucedido en Cuba desde que ejerce el mando de la compañía de Guías. Es natural de Nava, en la provincia de Burgos, nació en 1848, y disfruta el empleo efectivo de capitán de milicias.

Mucho y bueno pudiéramos aún decir de estos dos señores; pero el temor de ofender su modestia nos detiene, por lo que hacemos punto, enviándoles desde estas columnas un cordial saludo de compañeros de armas, y el testimonio de nuestra más distinguida consideración personal.

DISTRACCIONES DE LA COSTA

Este dibujo es un verdadero idilio.

El contraste entre lo grande y lo pequeño, lo tierno y lo terrible, es la fuente de la belleza, que ha pretendido copiar el artista.

Hay un especial encanto en esta clase de asuntos. El mar allí con todas sus iras, es objeto de desden para dos seres débiles. Como Byron, *juegan con la melena del león*; pero más tranquilos que el inmortal autor de *Childe Harold*, no temen que la fiera se encolerice y ruja. Mañana crecerán, y entonces el indomable elemento quizás venga en el hombre los juegos del niño; quizás la niña que le acompaña, se hallará destinada á vestir luctuosas tocas por el alegre compañero que en su juventud creció desnudo á su lado, sin que encendiera sus mejillas el rubor, esa hipocresía santa de la virtud.

RECUERDOS DE MELILLA

Al teniente de infantería D. Fernando Gonzalez Billon, nuestro estimado compañero, debemos la caprichosa y artística composición que publicamos en la pág. 586.

El Sr. Gonzalez Billon ha probado con ella que posee la intuición del verdadero artista. Melilla, justo es decirlo, carece de monumentos arquitectónicos, de esas obras que, al ser reproducidas por el pincel ó el lápiz, recrean la vista y cautivan la atención; pero este joven oficial, reuniendo detalles que pasarían desapercibidos para otros ojos que los del artista, ha hecho un conjunto por todo extremo agradable y bello, sin separarse una línea de la verdad.

Una vista general de la plaza, tomada desde el cerro de los Camellos, las de la Alcazaba con el barrio de Lavanderas, plaza de los Aljibes, puerta de la Plaza de Armas, y torre llamada de las Siete Palabras, se agrupan formando esta composición, que no dudamos complacerá á nuestros favorecedores, tanto como á nosotros nos ha satisfecho. Por tan notable trabajo, felicitamos al Sr. Gonzalez Billon, á la vez que le manifestamos públicamente nuestro agradecimiento, por su cortés atención en remitirnos este acabado y discreto dibujo.

¡ADIOS, ADIOS!

¡Uno de los primeros efectos de la guerra, la separación de seres que se unieron para vivir juntos! En él se ha inspirado el artista de cuyo lápiz salió este precioso dibujo. Hombre de sentimiento, no ha visto quizás la lucha armada sino á través de estos aspectos sombríos. La ternura, el amor los comprende; la grandeza de la guerra, sus horrores sublimes, le hacen cerrar los ojos, poseído de terror.

En la terraza, las dos graciosas mujeres miran al soldado que se aleja, y con él cambian la última mirada. Detrás del arrogante hulano, ven el poblado bosque; más allá el escuadrón que se reúne, el horizonte al fin; pero nada más. Como el artista, estas mujeres saben sentir, saben llorar; mas el soldado ve lejos algo que hace palpar su corazón de entusiasmo y que sonríe á su orgullo, y este algo lo forman el honor y el triunfo; palabras que para el guerrero tienen un sentido que las mujeres no alcanzan. Los ojos de ellas se velan con lágrimas; los de él brillan iluminados por el resplandor de la gloria.

DON EMILIO BONELLI

Redactor de «La Ilustración Nacional.»

La prensa se ha ocupado de la expedición que nuestro querido amigo y compañero de redacción está realizando en el imperio de Marruecos.

Hace un mes que falta á esta Revista su asidua é inteligente colaboración, siendo éste el tercer viaje al Africa que realiza desde su ascenso á oficial. En sus anteriores excursiones, adquirió datos importantísimos, de que dió cuenta en la Sociedad Geográfica y en las columnas de esta publicación.

Merced á su larga residencia en Tánger, donde trascurrieron los primeros años de su existencia, posee perfectamente el idioma árabe y conoce con bastante exactitud aquel país, acerca del cual ha escrito un libro interesante.

Como escritor, se distingue por su correcta forma y vasta erudición, habiendo obtenido el grado de capitán por las diferentes obras que ha publicado, sobresaliendo, entre todas, la notable traducción del tratado de *Fortificación de Brialmont*.

En la adversidad se fortifican los caracteres, y en esta escuela de tan provechosa enseñanza se ha educado nuestro buen amigo.

La reacción arrojó de Italia á los buenos patriotas que con Silvio Pellico y Garibaldi á la cabeza, protestaban de la dominación del Austria, y siendo el padre de Bonelli uno de los más caracterizados jefes del partido liberal, por su posición y especiales condiciones, hubo de emigrar, abandonando su cuantiosa fortuna.

La España que en el siglo XIII dió asilo natural á los proscriptos de la tiranía angevina, abrió también generosamente sus brazos, en 1849, á los naufragos sublimes de la libertad italiana. Con ellos vino el padre de nuestro compañero, y en nuestro país halló una nueva patria, enlazándose con una hija del suelo aragonés.

De la unión del patriota milanés y de la altiva aragonesa, había de resultar forzosamente una sucesión caracterizada por rasgos vigorosos y originalísimos; como resultaron en otra edad remota de análogos consorcios, los terribles guerreros que sin falta á sus deberes de católicos, pusieron coto á

las demasías del Pontificado absorbente, y escribieron con sus vencedoras espadas los primeros axiomas del derecho moderno.

El hijo del emigrado es lo que se llama un carácter que haría hoy llorar de orgullo á su buen padre si la muerte no le hubiera arrebatado la existencia allá en Tánger, cuando, con esa perspicacia de los hombres superiores, se adelantaba al movimiento de nuestros días entablando relaciones de industria y comercio con los naturales de Marruecos.

Dos hijos casi niños dejó; el mayor siguió al frente de los negocios de su padre, mal parados con tan inesperada y dolorosa pérdida.

El más joven, que hoy es nuestro compañero, ingresó en el colegio de Toledo, haciéndose notar desde el primer día por sus especiales condiciones de laboriosidad y de inteligencia.

Bonelli es uno de esos hombres que alientan en su corazón fe indestructible en un brillante porvenir para nuestra nación, mediante una política de desenvolvimiento en el Noroeste africano; idea á que lo subordina todo, hasta el punto de que si no fuera el objetivo tan noble, pudiera decirse que este pensamiento es en él una manía, pues resiste á las mayores contrariedades, y de tal manera se arraiga en su espíritu, que morirá con él.

Ilustrado, activo hasta lo inverosímil, tenaz hasta más allá del heroísmo, no dudamos en afirmarlo: Bonelli triunfará de los obstáculos que nuestras costumbres sociales oponen al hombre que se señala por propios y legítimos méritos.

La Sociedad Africanista lo eligió secretario, y creemos lo habrá nombrado su representante en este viaje, pues hace tiempo que esta Sociedad viene trabajando por el establecimiento de algunas factorías en las costas de Africa.

Debemos suponer que el Gobierno es ajeno á este asunto; pero también creemos que si surgieran inopinadas dificultades, ó si (lo que no esperamos) el Sr. Bonelli se encontrara en una posición arriesgada, producto de extraños sucesos, los que rigen los destinos del país intervendrían pronta y enérgicamente, cubriendo con la bandera española al intrépido viajero, y haciendo solidaria á la nación de los hechos por aquél realizados. Tal por lo menos es su deber.

Otros proceder no podemos imaginarlos, conocido el carácter de un pueblo que, en las circunstancias más graves de su existencia política, ni rehuye responsabilidades, ni sufre mortificaciones en su orgullo.

ARTILLERÍA CHINA

La industria de las naciones que se llaman civilizadas, tiene en los grandes países del extremo Oriente, como la China y el Japon, inmensos mercados en que dar salida á manufacturas ó artefactos, que el uso y la moda han desautorizado entre nosotros.

En armas, por ejemplo, á China se destinan los fusiles Chásepot desechados por el ejército francés, los Berdan que abandonaron el español y el ruso; cañones que han mostrado inconvenientes en la práctica; útiles y arneses, en fin, que acusan cierto atraso con respecto á los que en Europa y en los Estados-Unidos americanos se tienen por perfectos.

El grabado de la página 590 nos ofrece un grupo de tres mandarines chinos examinando una ametralladora por la que dieron crecida cantidad de piastras al *yankée*, corredor del comercio de Sanghai, ó al hábil *gentleman* negociante. El más docto de los tres explica el mecanismo, y los otros oyen atentamente, convencidos de la bondad de un artefacto cuyos efectos suplen al de cincuenta fusiles.

RECUERDOS DE FILIPINAS

Monumentos elevados á la memoria de Magallanes y de Legaspi.—Cruz erigida por Magallanes.

Los tres monumentos que reproduce el grabado de la página 591 son un recuerdo de aquellos tiem-

pos gloriosos en que el sol no se ponía jamás en los dominios españoles.

En Cebú, y en una de sus principales plazas, se alza, dentro de modesta capilla, la cruz plantada en aquel paraje por el audaz descubridor de Filipinas. El signo de redención que hizo adorar Magallanes á los salvajes de la isla, y el monumento elevado sobre las cenizas del gran navegante, en la isla de Mactan (Opoon), marcan la última etapa de su existencia, y á la vez el comienzo de la conquista del Archipiélago. El Gobierno español satisfizo una deuda de reconocimiento á la memoria del valiente marino portugués con la erección del monumento referido.

Si Magallanes descubrió las Filipinas, Legaspi consolidó en ellas la dominación española. A este ilustre guerrero se debe la conquista de Luzon y Cebú, y la fundación de la capital. Fué modelo de celosos gobernadores y hombres justos, y á su muerte, ocurrida en Agosto de 1572, legó á su patria una gran colonia sabiamente organizada, riquísima en productos naturales y cuya adhesión y acendrada lealtad á España no se han desmentido nunca en el transcurso de los tiempos.

SPOLIARIUM!

(ANTE EL INSPIRADO CUADRO DE LUNA)

Buscaba el arte tirano
entre la sombra colores:
brilló el genio soberano,
y alumbró un Circo romano,
lleno de sangre y horrores.

Y sin tregua á su desvelo
allí el arte se recrea,
¡que el genio, en su santo anhelo,
cruza la Historia en un vuelo
al resplandor de una idea!

En el Circo el genio entró;
la horrible lucha que vió
no era bastante quizás:
La inspiración dijo: «¡Más!»
y al *Spoliarium* llegó.

Allí en la sombra flotando
¡la venganza, el odio fuerte!
¡Allí el dolor suspirando,
y un Imperio agonizando
en el festín de la muerte!

¡Madres que ansiosas deliran!...
¡Almas que lloran de amor!...
¡Ojos que irritados miran
cómo, sin temblar, espiran
los mártires del valor!

Allí está el cuadro sombrío,
de un pueblo triste poema:
¡El *Spoliarium* impío!...
¡Sangre que el rostro nos quema
sobre losas que dan frío!

Vése el hirviente reguero
que en rojizo arroyo humea:
óyese el ¡ay! lastimero
y el bramido ronco y fiero
de la chusma que vocea.

¡Qué fuerza en las concepciones!...
¡Qué seguridad y alientos!...
¡Qué verdad en las ficciones!
¡Qué lucha de sentimientos
y contraste de pasiones!

¡A un lado el garfio que hiere
al herido gladiador,
que aún «¡ave, César!» profiere!...
¡Y al otro un alma que muere
en brazos de un muerto amor!

La pudorosa doncella
que la sacrosanta llama
de un perdido amor destella,
que se adivina que es bella
porque llora y porque ama;

La del azulado manto
que muda de horror y espanto
ante la muerte se humilla...
¡Sol de la pena que brilla
entre las nubes del llanto!

Son dos notas de color:
Una, la escuela real...
¡La epopeya del valor!
Otra, la nota ideal...
¡La elegía del amor!

¡Gloria al poderoso anhelo
del artista que así crea,
y en alas de su desvelo
cruza la Historia en un vuelo
al resplandor de una idea!

¡Gloria al que dió vida y sér
del Circo al sangriento drama,
y logra al fin recoger
de entre las sombras de ayer,
la eterna luz de la fama.

JOSÉ JACKSON VEVAN.

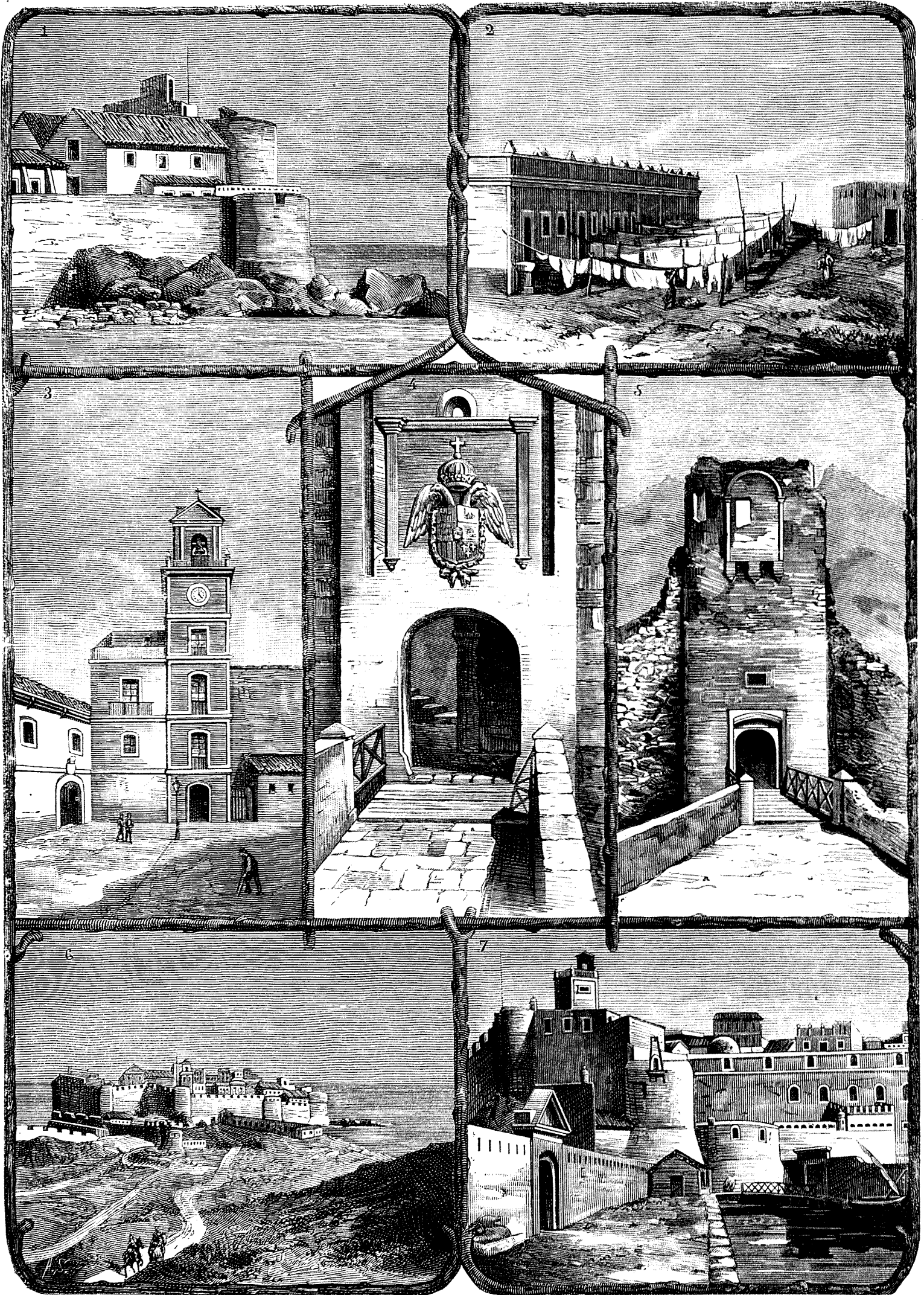
CIENCIAS Y SUS APLICACIONES

Pocos problemas preocupan hoy á los hombres que dedican su actividad á ir apoderándose de los recursos naturales y á obtener de ellos aplicaciones útiles, en tan alto grado como la trasmisión de fuerza á distancia.

Es indudable que la sorpresa se apodera del ánimo al idear tan sólo que un salto de agua, por ejemplo, pueda tener á su lado máquinas que conviertan el peso del líquido en trabajo útil, y éste sea recogido allí, pero no empleado, pues por intermedio de mecanismos adecuados, ese esfuerzo se transporte á distancias de cientos de kilómetros, y allí sufra una nueva transformación que permita sea aplicada á una industria cualquiera.

Este portentoso resultado está, sin embargo, próximo á ser obtenido por la electricidad. En la Exposición de Munich presentó M. Marcel-Deprez un mecanismo que permite el transporte de fuerzas á distancia de más de 60 kilómetros; pero el problema no se dió como resuelto en definitiva. La Exposición de Turin ha encerrado en sus galerías otro invento que podemos calificar de segunda etapa en el camino de la solución. MM. Gaulard y Gibbs han conseguido alumbrar simultáneamente, por medio de luz eléctrica, las estaciones de Turin, Venaria y Lanzo que forman un circuito de 80 kilómetros, por medio de máquinas instaladas en la galería de la Exposición, las cuales además enviaban corrientes á otros focos luminosos situados en el mismo edificio: todo ello valiéndose de un aparato de su invención, al que han llamado *generador secundario*. El éxito ha sido completo, habiéndose adjudicado á los Sres. Gaulard y Gibbs el gran premio de 10.000 francos concedido por el Gobierno italiano á la solución del problema que nos ocupa.

Con motivo del nuevo invento, M. Marcel-Deprez ha publicado algun trabajo en que ataca duramente á los favorecidos Gaulard y Gibbs; pero juzgando el asunto sin la pasión que embarga al eminente electricista, es preciso reconocer, como lo han hecho el jurado de la Exposición, el Gobierno italiano y cuantas personas peritas presenciaron las experiencias, que éstas han sido concluyentes, y el resultado completo. Si se entabla la lucha entre el premiado de Munich y los que lo han sido en Turin, es innegable que será en provecho de la ciencia y de la industria.



POSESIONES DE ÁFRICA.—DE CERDOS DE MELILLA



¡ADIOS, ADIOS!

No habrán olvidado nuestros lectores las quejas y reclamaciones á que dió lugar cierta fábrica que se hallaba instalada dentro del radio de Madrid: por haber sido el asunto *ruidoso*, creemos oportuno dar algunos detalles que encontramos en los periódicos profesionales, referentes á la estacion central de alumbrado eléctrico que ha instalado en Berlin la Sociedad Edison:

Dos generadores de vapor producen el necesario para la alimentacion de cuatro máquinas de 70 caballos de fuerza cada una: éstas, á su vez, dan movimiento á cuatro máquinas dinamo-eléctricas, sistema Edison, las cuales tienen potencia para emitir las corrientes necesarias para alimentar 2.000 lámparas.

Pues sin embargo de tan poderosos medios industriales, los berlineses que transitan por delante de la casa en que aquéllas están instaladas, no se aperciben de que por debajo del andén, ó cerca de la calle, funcionan dos generadores y ocho máquinas: parece que para producir el vapor en cantidad suficiente, sería preciso obtener gran tino en el hogar, y por consecuencia, elevar á gran altura la chimenea y hacerla visible; pues nada de esto sucede: aquella atraviesa el tejado por un ingenioso procedimiento que la oculta á los traseantes; además no produce humo ni olor desagradable, merced á los combustibles empleados y á hogares fumivos especiales. *El ruido del escape del vapor se anula por un aparato colocado entre las máquinas y la chimenea.* En una palabra, la *fábrica de electricidad* es tan difícil de ser sospechada desde el exterior, como la electricidad misma, que sólo se manifiesta por sus efectos.

El año próximo promete ser fecundo en aplicaciones de la ciencia. Lóndres, con su Exposicion de Inventos; París, con la del trabajo, y Ambéres con la que se apresta á abrir en breve, ofrecen ancho campo á los que dedican su actividad al adelanto y al aprovechamiento de las ciencias.

Los preparativos para la última de las que hemos citado, adelantan con rapidez: de los 7.500 metros cuadrados que se destinan á las principales secciones de la Exposicion, 4.500 se hallan ya con la cubierta colocada; la galería central tiene 333 metros de longitud. Y á pesar que los cálculos de extension que se hicieron al comenzar las edificaciones fueron tachados por algunos de excesivos, en la actualidad se estudia el modo de aumentar emplazamientos, pues son ya numerosos los pedidos de locales para instalaciones.

La Exposicion de Lóndres presentará algunas particularidades: constituyen su objeto los aparatos, procedimientos industriales y productos inventados desde el año 1862 á la actualidad, no admitiéndose muestras de productos ni artículos manufacturados que no lleven la descripcion del método seguido en su fabricacion; y á fin de que estas descripciones sean lo más prácticas posible, se considera preferible el modelo de la maquinaria ó dibujos que la representen.

La segunda seccion del certámen estará destinada á los instrumentos, aparatos y accesorios que se relacionen con el arte musical; y en cuanto á los primeros, serán los inventados en lo que va de siglo.

Los ingleses no olvidan que lo agradable debe acompañar á lo útil, aunque nos permitimos creer que ellos prefieren siempre lo segundo á lo primero.

Aunque la industria española no cuenta con el apoyo y decidida proteccion (no en el sentido comercial) que los anteriores datos prueban se conceden en otros países á las suyas respectivas, no debe ser esto una razon para que deje de llevar el pabellon español á los certámenes anunciados, y colocarlo á la altura que es indudable merece, como han atestiguado las numerosas distinciones otorgadas en concursos próximos á industriales laboriosos, inteligentes y decididos partidarios de la publicidad de sus productos.

S.

ESTUDIOS HISTÓRICOS

ORDEN MILITAR DE ALCÁNTARA

(Continuacion.)

Era tal el aprecio que el Rey mostraba al maestro de Alcántara por su constante fidelidad á la casa real, que le nombró por uno de sus albaceas en su testamento; murió el Rey el 21 de Abril de 1284 en Sevilla, y le siguió al poco tiempo su fiel maestro; no consta el día fijo de su muerte; sólo sí que fué ántes del mes de Setiembre del mismo año, estando en la villa de Alcántara; se le enterró en la iglesia de Santa Maria de Almocábar, que él habia reedificado, junto al altar mayor, á su derecha; arriada á la pared, y sobre el sepulcro, se puso su estatua yacente; así estuvo más de doscientos cincuenta años, hasta que en 1540 se hizo más capaz la capilla mayor y se quitó el sepulcro, que se abrió recogiendo los huesos, que se colocaron debajo del altar que durante la obra se hizo en el cuerpo de la iglesia; la estatua se partió por la mitad, y la parte superior se empotró en la pared de la lonja de la iglesia, y como los maestros no podian llevar barba, el vulgo le cree el busto de una mujer, y le llaman la Marivella; el sepulcro fué á parar á una casa particular y sirvió para pisar la uva; al deshacer el altar provisional, los huesos se llevaron al osario comun; tal fin tuvieron los restos mortales y sepultura de uno de los maestros más esclarecidos de la órden, reedificador de la iglesia que tan al olvido le dió; gobernó la órden treinta años y la colmó de mercedes de los Papas y de los Reyes, aumentando su riqueza y autoridad y ciñéndola los laureles de las victorias obtenidas contra los infieles sus enemigos.

El Rey D. Sancho, apénas tuvo noticia de la muerte del maestro, envió desde Salamanca, donde se hallaba, á Ruy Paez de Sotomayor con cartas para los caballeros de la órden de Alcántara, á fin de que confirmaran con su voto la eleccion hecha por su influencia, el año anterior á favor del comendador mayor D. Fernando Paez y que no siguiesen la voz de D. Alfonso de la Cerda, que se llamaba Rey en Castilla y Leon, y si la suya, lo cual logró; y el maestro, una vez en posesion pacífica de su maestrazgo, partió de Alcántara para Salamanca, acompañado de los comendadores y caballeros á rendir al Rey el pleito-homenaje acostumbrado, concediéndole D. Sancho, por cédula de 6 de Octubre de 1284, que los ganados de la órden «anden libremente por todo su reino, sin que nadie pueda impedirlo, ni pida derecho alguno.» En 18 del mismo mes y año confirmó á la órden todos los privilegios concedidos por los Reyes sus antecesores, y en 22 tambien de Octubre, el de que el maestro y seis de sus freiles tuviesen racion de la casa del Rey el tiempo que estuvieran en la corte; recibidos estos favores, dió el maestro la vuelta á su convento, á cuidar del gobierno de su maestrazgo.

En 1285 Abu Yussuf, Rey de Marruecos, pasó á España con numeroso ejército y puso cerco á Jerez; súpolo D. Sancho en Búrgos y mandó reunir tropas en la ciudad de Sevilla, adonde se dirigió el monarca; á los pocos dias, tenia ya reunidos cuatro mil caballos de las órdenes militares y numerosos infantes, además de los que habian traído otros señores de los reinos de Castilla y de Leon. Súpolo el Rey de Marruecos, y para tener idea del ejército que se reunía, mandó á su hijo Abu Yacob, con doce mil caballos, para que recorriera la tierra de Sevilla hasta la misma ciudad, y juzgar de las fuerzas de su contrario; éste, al verlos venir, se limitó á mandar cerrar las puertas de Sevilla, sin tomar otro género de defensa, puesto que el moro no traía elementos para sitiar y asaltar la ciudad, y se dispuso á salir al frente de su ejército para castigar al enemigo en su correría, y luégo levantar el sitio de Jerez; acaudillaba el Rey D. Sancho en esta ocasion, diez mil caballos, y mucha infantería, auxiliando al ejército de tierra, cien velas que estaban en el puerto de Santa Maria: los moros no sólo no aceptaron batalla, sino que se vieron obligados á levantar el sitio de Jerez, al que hacia seis meses tenia cercada: entró D. Sancho en Jerez y

consultó á los jefes de su ejército si convendría seguir al enemigo en su retirada; fueron de esta opinion los maestros de las órdenes militares y muchos de los ricos homes, pero opinaron en contrario el infante D. Juan y D. Lope Diaz Haro, y conforme el Rey con ellos, volvió á Sevilla, dejando bien guardada la frontera; á poco de esto se vió en Peñaferrada con el Rey de los Beni-merines Abu Yussuf, dando éste á D. Sancho dos cuentos de maravedís de oro de los de aquel tiempo, por ajuste de una truega de tres años.

Al maestro D. Fernando Paez hizo el Rey dos mercedes, por los servicios que en esta ocasion le prestó; fué una de ellas declarar libres de tributo á los que en Galicia tenían tierras, casares y cotos dados por la órden, atento á que ésta sirve al Rey en las guerra contra los moros; esta concesion está fechada en Sevilla á 12 de Setiembre de 1285: la otra es devolucion al señorío de la órden de los castillos de Moron y Cote, su fecha siete de Noviembre del mismo año. Agradecido el maestro, volvió á su convento de Alcántara y á su vez reconoció los buenos servicios de sus habitantes confirmándoles el reparto de los campos, y haciéndoles libres del quinto de los bienes de los que muriesen abintestato, á que tenían derecho el maestro y los comendadores en sus encomiendas, y es notable la salvedad que hace, y es como sigue: «Salvo al ome ó moger que no quisiere manifestarse á la Iglesia una vez en el año;» es decir salvo al que no cumpliese con el precepto pascual: tiene esta carta la fecha de 7 de Marzo de 1286: tambien hizo merced á la villa de Zalamea de la dehesa del Rincon de los Puercos, para el comun.

En este mismo año se juró por heredero de los reinos al infante don Fernando, que habia nacido en Sevilla el 6 de Diciembre del año anterior; el Rey recorrió su reino y encontró al maestro en Astorga, donde le dió queja de que el concejo de Ciudad-Rodrigo no guardaba el privilegio de que los ganados de la órden paciesen y bebiesen libremente, por lo que el Rey dió sobre carta á dicho consejo para su observancia.

El Rey de Portugal D. Dionis y el Rey D. Sancho se confederaron en 1287 para cercar al infante D. Alfonso, hermano de D. Dionis, que estaba en Rouches levantado en rebeldía. Sirvió al Rey en esta ocasion el maestro de Alcántara con sus caballeros hasta lograr la rendicion de D. Alfonso; por este tiempo tambien andaban descontentos del Rey D. Sancho el Bravo su hermano el infante D. Juan y su suegro el conde D. Lope Diaz de Haro; ambos solicitaron de doña Margarita de Narbona, mujer que habia sido del infante D. Pedro, se uniera á ellos para que, llegada la libertad de D. Alfonso de la Cerda hijo del infante D. Fernando, que se creia próxima, proclamarle Rey de Castilla y Leon. En cuanto don Sancho tuvo noticia del suceso, mandó al maestro de Alcántara levantarse sus gentes é hiciese guerra á doña Margarita hasta tomarla los castillos y villas de su señorío; así lo ejecutó el maestro, y en breve rindió las villas de Sahugal y Granadilla, y noticioso de que doña Margarita estaba en Galisteo, se dirigió allí y atacó á la villa. Temerosa de que la tomasen por combate, la abandonó doña Margarita, saliendo una noche de ella para Ledesma.

Al año siguiente el maestro recibió de D. Payo Gomez, vasallo del Rey, los bienes que tenia en Badajoz, reconocido á que el maestro le habia dado por los dias de su vida todos los que tenia en Gema y su término: el Rey confirmó esta donacion.

A principios de Setiembre de este mismo año de 1288 el Rey de Aragon D. Alfonso puso en libertad á D. Alfonso de la Cerda y á su hermano D. Fernando que estaban presos en un castillo de su reino hacia diez años, y mandó viniesen á Jaca, donde él se hallaba, y dió á conocer á D. Alfonso, primogénito del infante D. Fernando, como Rey de Castilla y Leon; esto originó discordia entre los dos Reyes, levantando ejércitos que llegaron á la vista en Abril de 1289, y no libraron batalla porque ambos temian los resultados. D. Sancho se fué á Bayona para avisarse con D. Felipe, Rey de Francia, habiendo dejado su ejército en manos de D. Alfonso de Molina

hermano de la Reina; el de Francia no acudió á la cita, y D. Sancho se volvió, encontrándose con que el de Aragon, al retirarse, habiale tomado por las armas algunos lugares; D. Sancho, considerándose injuriado, entró por tierra de Aragon talando todos los campos de Zaragoza, viniendo á Búrgos despues de dejar bien guarnecida la frontera; sirvió al Rey en esta ocasion el maestro con sus caballeros de Alcántara.

Este mismo año hubo turbulencias en Badajoz originadas por los bandos llamados uno de los bejerranos y el otro de los portugueses; favorecia á los primeros el Rey D. Sancho, al que no obedecian los segundos, llegando el caso de que los bejerranos acometieran á sus contrarios, pasando á cuchillo gran número de ellos, y apoderados de la ciudad y castillo de la Muela, cometieron la deslealtad de proclamar á D. Alfonso de la Cerda, á lo cual respondió D. Sancho mandando á los maestros de las órdenes, ricos homes de Andalucía y concejos de Córdoba y Sevilla; llegó primero el de Alcántara, por estar más cerca y puso cerco al castillo, en el que se habian refugiado los bejerranos, y que despues fué combatido por todo el ejército, por lo que los sitiados se entregaron bajo el seguro de sus vidas, que el Rey no cumplió, por este hecho, y el de Talavera, donde mandó pasar á cuchillo más de cuatrocientos hombres que seguian la voz de D. Alfonso de la Cerda, le dieron el sobrenombre del Bravo, con que se le conoce en la Historia.

En 1291 se hizo familiar de la orden D. Pelayo, clérigo, natural de Bañeza, dando á la orden la mitad de sus bienes; no se tienen más noticias de este maestro, y se supone murió á principios de 1292, sin que se sepa en dónde, ni en qué parte fué enterrado.

(Se continuará.)

ANGEL ALVAREZ DE ARAUJO Y CUELLAR.

LA LEVITA Y LA CHAQUETA

OBSERVACIONES DE ACTUALIDAD

La levita y la chaqueta se dividian aún, á mediados de este siglo, el monopolio en casi todas las combinaciones del traje español.

Pero del mismo modo que en las asambleas se forman los centros parlamentarios, con análogo criterio al del ministro que concibió los grados, resultando que un teniente podía ser capitán sin serlo, por el proceso natural de progresiva evolucion que sufre todo lo que existe sobre la corteza del planeta, la chaqueta quiso progresar, y alargándose, alargándose hasta ser americana, aspiró á ser levita.

La sociedad se opuso á estos atrevimientos plebeyos, marcó un limite á la americana, colocó los jalones y dijo: «Hasta aquí.»

Pero la chaqueta no se dió por vencida. Prosiguió su campaña, y hoy se presenta más dedidida que nunca, amenazando anular á su aristocrática rival, y se alarga, y gallardea, y toma formas atractivas, pretendiendo en estos momentos imponerse como soberana de una clase fuerte, respetable y numerosa.

Parodiando la conducta de los revolucionarios que van á turbar la disciplina en los cuarteles, para alcanzar sus fines, ha logrado seducir á muchas individualidades del ejército y se apresta á dar la batalla contra la sociedad entera.

Sólo puede ya fiar su triunfo á la violencia.

Las clases, más ó ménos acomodadas, la han proscribido de los salones, y nos asombra ver hoy á personas que viven en el ambiente social hacer la causa de esa pretenciosa usurpadora. Sólo padeciendo esas fugas de la realidad, que suelen ser la consecuencia de la impresionabilidad de nuestro carácter, afanoso de la novedad, se puede dar el contrasentido de que las clases militares, que en el lote social tienen más necesidad de realizarse con toda clase de prestigios, sientan ahora la comezon de descender de su posición hasta en el traje.

Despues de exhibida nuestra triste situación económica, nos hacia falta adoptar, como único distintivo, esa prenda, para adquirir de una vez el diploma de mendigos.

El convencionalismo ha sancionado que el trocar la chaqueta por la levita representa una envidiable elevación en el rango social. La evolucion inversa es indudablemente un descenso.

Enrique Gaspar, ese gran anatómico del teatro, ha dado vida á dos notables producciones dramáticas *La levita* y *La chaqueta*, en las que ha condensado todas las palpitaciones más íntimas de las sociedades modernas.

Y es que no es la cuestión del traje una cuestión baladí. El progreso de las costumbres no llega, ni llegará probablemente jamás, á borrar estas distancias.

Comprendemos el clamor del ejército pidiendo una prenda cómoda, sencilla y barata que pueda llevarse á todas las funciones del servicio ordinario del cuartel, ejercicios, etc., que facilite los movimientos y ofrezca las mayores ventajas.

Esta prenda, llámese guerrera, blusa, saco, ó de cualquier otro modo, debe ser una prenda de fatiga, una prenda que sea para el oficial lo que para el hombre civil es la americana ó cazadora, que viste por la mañana, que lleva á la oficina bajo la airosa capa española.

Si en las clases que carecen de representación oficial tiene verdadera significación el traje, en las que se hallan constituidas en autoridad deben tenerla mucho mayor. Hay en esto que ser lógicos. Si el más humilde individuo de la clase media se resiste á trocar la levita por la sencilla cazadora de mañana para concurrir á la modesta reunión de familia, ¿podrá suponerse que el jóven y entusiasta oficial del ejército ha de asistir gustoso á esas recepciones del regio alcázar, en que el lujo y la suntuosidad se manifiestan exuberantes, vistiendo una prenda que sólo en unos cuantos botones de latón, y en algunas trencillas de plata, se diferencia del chaqueton que usa por la noche, cuando con el sombrero hongo y la rabricorta capa sale á parodiarse al popular héroe de Zorrilla?

Proscribir la levita es una manifestación lamentable de la decadencia de ciertos espíritus, ó una prueba del desconocimiento en que algunas clases militares viven respecto á las cuestiones de más vitalidad para el ejército.

Más de una carta tenemos á la vista en que se nos dice: «Venga en buen hora la guerrera, y venga pronto. Una guerrera barata, sencilla y airosa para diario y campaña; pero consérvese la levita como prenda de vestir, como prenda de gala y de etiqueta.»

No somos apegados á las antiguas prácticas; pero cuando al repasar la Historia de este siglo, la vista, cediendo á la atracción, cae en las páginas de la homérica leyenda en que nos educamos dirigido por Jacquinot, Jomini, Rocquancourt y tantos otros preceptistas, nos sentimos inclinados á creer que algunas ideas próximas á naturalizarse entre nosotros, no se compadecen tan perfectamente con el instinto del guerrero y con el buen espíritu militar como aquellas costumbres importadas por las huestes napoleónicas á través de la Europa, que modificaron, en su esencia, el modo de ser de todos los ejércitos de Europa.

¿Hay, en efecto, espectáculo que conmueva y eleve más el alma del guerrero, que el de aquellas huestes inmortales vistiendo con esmerada pulcritud sus lujosísimos trajes de gala, para tomar parte en la marcial función de una batalla ó para verificar su triunfal entrada en las dos veces subyugada Viena ó en la humillada Berlín?

Hora es ya de poner coto á las arbitrariedades que en punto tan esencial han venido llevándose á cabo desde las esferas del Gobierno. Pasando la vista por el *Album de la infantería española*, de Cleonard, se ve que, en el espacio de medio siglo, esta desdichada arma ha cambiado de uniforme quince ó diez y

seis veces, sin más razón, generalmente, que el capricho de los directores ó ministros; lo que demuestra que el mal sólo se cortará de raíz acudiendo al remedio de una ley hecha en Cortes, con debido examen y sancionada por la Corona.

La infantería inglesa lleva hoy el uniforme con que se batió en Talavera y Waterloo. El gusto trocó la casaca por la levita, pero conservando su color; esta es la única diferencia; las demás prendas subsisten con algunas ligeras modificaciones, hijas de la moda.

Recordemos á este propósito el prestigio que disfruta la benemérita Guardia civil; prestigio debido á sus inapreciables servicios, no al aspecto exterior del uniforme que viste. Pues bien, ninguno de los generales que se han sucedido en la dirección del cuerpo, desde el inolvidable duque de Ahumada hasta la fecha, y eso que los ha habido revolucionariamente reformistas, ninguno, repetimos, ha soñado, no en suprimir, sino en alterar ó modificar siquiera la forma de ese legendario sombrero en batalla, que es y continúa siendo objeto de espanto para cuantos viven fuera de la ley, y emblema del orden y de seguridad para las gentes honradas.

No faltará ciertamente quien al pasar los ojos por estas líneas, nos moteje de exageradamente idealistas, suponiendo que no nos hacemos cargo del aumento de gasto que debe significar la conservación de la levita para gala; pero todo lo hemos tenido en cuenta antes de decidimos á arrojar sobre el papel estas lucubraciones, y para todo creemos tener respuesta.

La levita de gala debe ser, al militar, lo que es la toga al abogado, lo que es el frac al hombre civil; prenda que se hace una ó dos veces en la vida, y que para toda la vida sirve; lo que fué para nuestros abuelos la casaca blanca que ilustró en Bailén Castaños; prenda, en fin, que obligue á desembolso por una vez, cuando el alumno ó el sargento primero salen á oficiales; es decir, en época en que el primero cuenta, casi siempre, con el auxilio de su familia, y el segundo con los ahorros que ha ido reuniendo trabajosamente para el día feliz en que ha de cambiar sus galones de panecillo por la estrella del alférez.

Véase, pues, si un desembolso hecho en estas condiciones, es ó no aceptable, y si habrá muchos que lo repugnen.

El uniforme de gala, no sólo dura tanto como el individuo, sino que puede pasar de padres á hijos.

Y no se diga que exageramos, pues á este propósito recordaremos un sucedido que nos referia hace pocos días un veterano y estimable general, poco partidario de estas innovaciones tan *curvis* como peligrosas.

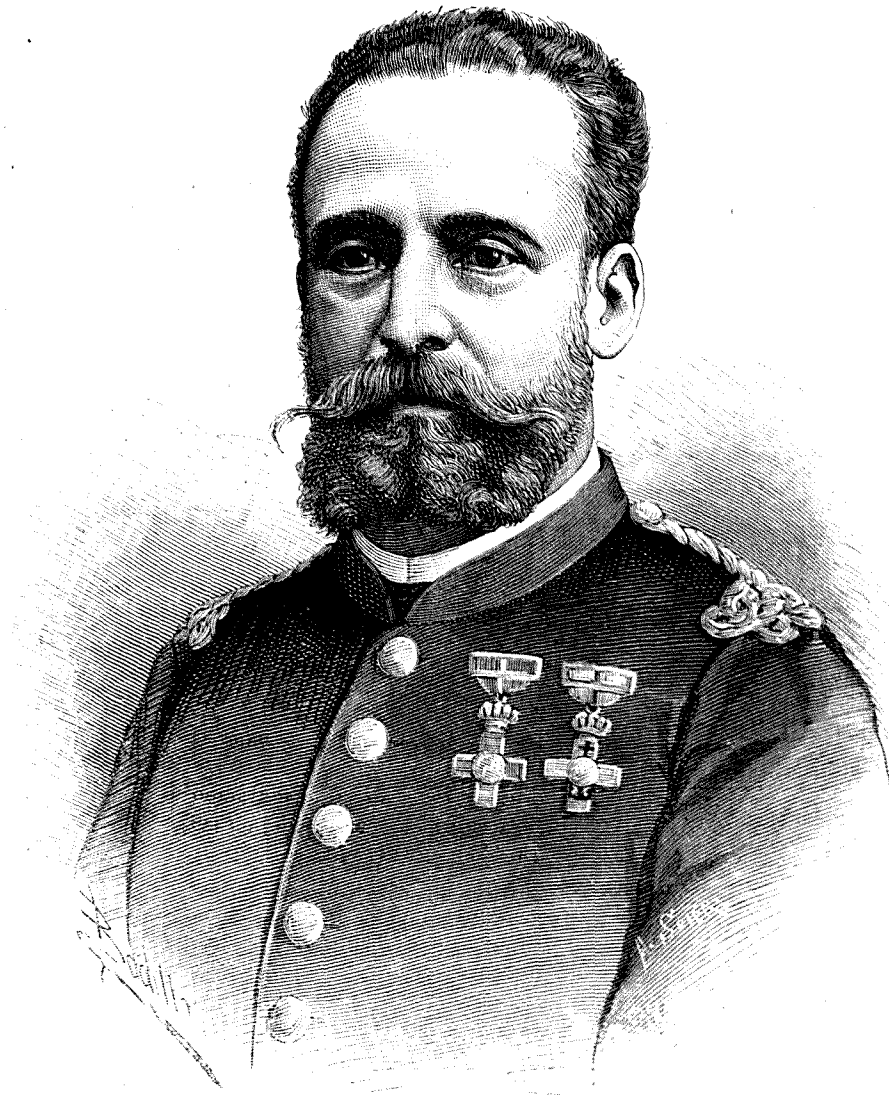
Hace algunos años, un regimiento que cambiaba de guarnición llegó á pernoctar en un pueblo de alguna importancia donde, según la ruta, debía descansar al día siguiente, que por cierto era domingo.

El coronel encargó al ayudante que se informara si en la población residía algun oficial general, con objeto de pasar á cumplimentarle con la oficialidad, como es costumbre en estos casos; pero el ayudante volvió, pasada media hora, al alojamiento de su jefe y le manifestó que en el pueblo no habitaba ningun militar de tan alta graduación.

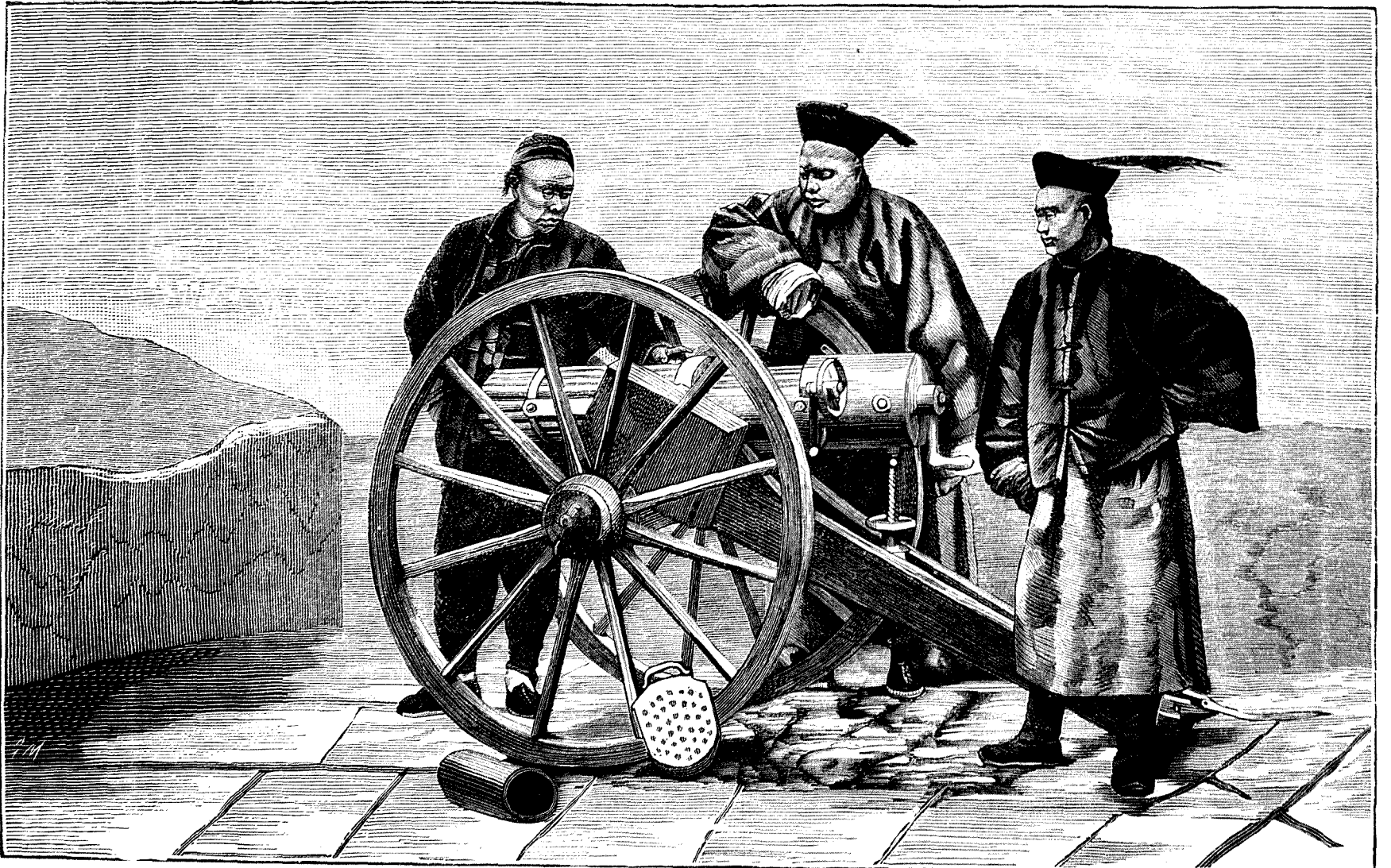
Grande fué la sorpresa del coronel á la siguiente mañana, cuando al salir con su regimiento de la iglesia, donde acababa de oír misa, vió en la puerta del templo á un señor de elevada estatura, vestido con el uniforme de gala de mariscal de campo, que, apoyado en su baston, presenciaba el desfile de las compañías y devolvía el saludo á los oficiales.

Acercósele respetuosamente el coronel y empezó á disculparse de la omisión que involuntariamente habia padecido; pero en lo mejor del discurso hubo de interrumpirle el que tomaba por general, diciéndole:

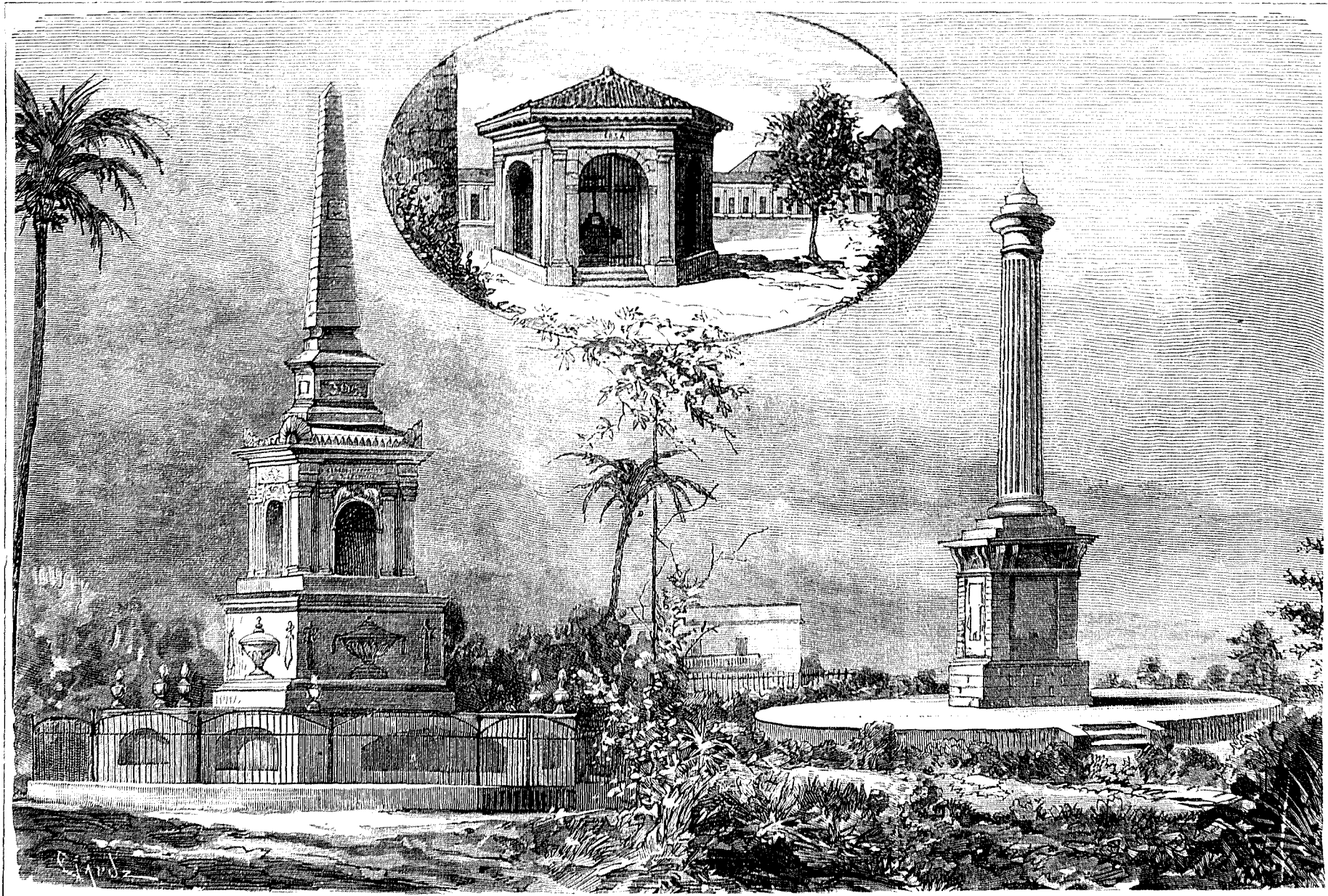
—No hay de qué. Ni yo soy general, ni lo he sido nunca. Este traje tan reluciente y que costaría buen dinero, era de un tío de mi padre, que se murió en esta villa. La casaca y los pantalones son de muy



D. EMILIO BONELLI, REDACTOR DE «LA ILUSTRACION NACIONAL,» EXPLORADOR EN MARRUECOS
En la actualidad se dirige á hacer una excursión por la costa Occidental de Africa.



ARTILLERIA CHINA.—CONFERENCIA SOBRE LOS EFECTOS DE UNA AMETRALLADORA



DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE FILIPINAS

Obelisco dedicado á Magallanes en Mactan.—Cruz colocada en Cebú por Magallanes en 1521.—Monumento erigido en la misma isla á la memoria del adelantado Legaspi (*Croquis de D. D. E.*)

buen paño, me los puse, y me hacen un buen servicio, porque abrigan, abrigan bien, y este pueblo es muy frío.

A. D.

1.º Noviembre de 1884.

OBSERVACIONES SOBRE EL CONCEPTO DE LA GUERRA

Dispensad, militares, si, hombre de profesion civil, invado un terreno que no es seguramente la esfera de accion que me es propia; pero recordar al mismo tiempo lo que el distinguido Director de esta publicacion decia en el primer articulo de su primer número: «No más exclusivismos, no más distinciones, todos soldados de la patria.»

Nada más difícil que definir lo que se entiende por guerra; nada más complicado que expresar su objeto dentro de las reglas que la lógica asigna á una definicion: la guerra es oficio, la guerra es arte y la guerra es ciencia. Ya lo dijo Folard: *La guerra es oficio para los ignorantes y ciencia para los hombres sabios.*

Estudad las refriegas de los salvajes que atacan con impetu feroz, cuerpo á cuerpo y sin más intencion que la de perjudicarse y matarse, y sin que ningun otro móvil más digno dirija y produzca sus acciones, y entónces aquel combate, aquella lucha, la guerra será un oficio. Adelantad un poco, dad un paso en el progreso, y examinad los ataques y contiendas de los héroes al frente de Tébas ó de Troya, y encontrareis la expresion de la guerra como arte.

Por último, en el paso del Danubio efectuado en el año 1809, se encuentra el ejemplo más hermoso y la demostracion más elocuente de que hay que considerar tambien la guerra como ciencia. En efecto, la guerra, en su expresion científica, resulta, como dice Saint-Cyr, de concebir, operar y efectuar para despues razonar, completar y mejorar. En el paso del Danubio, cuando 150.000 combatientes procedentes de la Dalmacia, de los Pirineos y del fondo de Italia, se encontraron sorprendidos, al reunirse en el mismo día para pasar, sobre puentes colocados de improviso, un ancho rio con 400 piezas de artillería y repentinamente se desplegaron en batalla sobre la izquierda, en dos líneas, y cerraron los atrincheramientos del enemigo obligándole á cambiar de frente dejando detras la izquierda; operacion tan maravillosamente ejecutada, que seguramente no se hubiera efectuado mejor y con más precision en un campo de instruccion. Y esta operacion ¿no representaba los grandes y acordes progresos de la táctica, los adelantos de la estrategia, los de la fortificacion, los de las máquinas de guerra y los de la Administracion militar? En esta operacion, ¿no se ve del modo más palpable la guerra, primero como oficio, más tarde como arte, y por último como ciencia?

En la guerra se cumple perfectamente aquella frase de Bacon: «La ciencia es fuerza.»

La guerra únicamente puede repugnar al ignorante, aquel sér que no ve en ella más allá que la campaña sembrada de mutilados cadáveres; para aquél que no ve en la guerra más que el crepúsculo de la tarde, aquel sublime momento en que la creacion parece despedirse del día y no percibe más que los gemidos de los heridos, confundirse con el lejano y ya casi imperceptible tañer de la campana que anuncia, ó la oracion de tarde, ó la pérdida de algun sér; para aquél que recuerda el dolor del padre, el llanto de la madre, el de la esposa, la orfandad de los hijos reservados al abandono, tal vez á la miseria y seguramente á un luto irreparable; para aquél que contempla destruida una cosecha, incendiada una casa de campo y expuestas las ciudades á los largos padecimientos del asedio; para aquél que contempla la salvaje alegría de la victoria, y abandonadas al brutal soldado las riquezas, el arte, el honor y el pudor; para esos la guerra es sinónimo de estremecimiento de la humanidad, y sólo ven en una batalla un acceso de una horrible enfermedad social.

Y, á pesar de esto, la guerra es algo más: ¿quién no siente latir su corazon conmovido por generosos

afectos, henchido de gozo, dominado por un sentimiento de grandeza y dignidad; cuando ve á los atenienses y espartanos oponer sus intrépidos pechos á la invasion persa? ¿A los siracusanos y numantinos rechazar hasta la muerte el yugo de Roma? ¿Quién no dice *bendita sea la guerra* cuando contempla al pueblo español sacudiendo la invasion francesa, y por la guerra conquistando su independencia? La guerra es seguramente horrible en sus particularidades; pero puede ser noble en su fin, y de gran valor en sus resultados. Thiers decia: «La guerra, cuando está reducida á una ejecucion puramente mecánica, dirigida á rechazar ó matar los enemigos, no es digna de la Historia; pero cuando se ve en ella una masa de hombres puestos en movimiento por un solo y vasto pensamiento, que se desarrolla entre el fragor de las armas con tanta exactitud como las operaciones de Newton ó Descartes en el silencio del gabinete, entónces es un espectáculo digno del filósofo, del hombre de Estado, del guerrero.» Y si esta fusion de la muchedumbre en un solo individuo lleva la fuerza á su más alto grado, dirigiéndole á combatir por elevados intereses, entónces llega á ser tan moral como digna de gloria; porque si bien es verdad que la fuerza ha usurpado muchas veces el nombre de derecho, sembrado la injusticia y traído la servidumbre, tambien dicen todas las historias que la humanidad no triunfa sino apoyándose en la victoria.

Napoleon lo ha dicho: «Entre una batalla en que se pierde y otra en que se vence, están los imperios.»

La guerra está enlazada con la política por medio de las causas que den derecho á declararla: con la economia pública, por el arte de conducirla; con la legislacion, por las penas y recompensas; con la medicina, por la conservacion de los combatientes; con las matemáticas, la física y la mecánica, por el uso y perfeccionamiento de los materiales; con las instituciones civiles por el modo de organizar los ejércitos; finalmente, con la filosofía por los adelantos, por el arte de mantener la disciplina sin disminuir el valor y medir los grados de voluntad que conviene poner en movimiento.

El estado de la milicia indica el de una nacion.

La proteccion de la guerra es necesaria para el cultivo de las demas artes.

Una batalla es la suprema aplicacion de la inteligencia y de la voluntad, provistas de la fuerza. ¿Dónde se manifiesta el heroismo de las masas como en la guerra, cuando una juventud, que tiene á la vista todas las ilusiones y esperanzas de la vida, se precipita alegremente hacia aquella muerte, que hace estremecer al hombre en el lecho de prolongados é irremediables dolores?

De aquí el que las guerras sean el objeto predilectos de la historia y que constituyan la inspiracion de las bellas artes; de aquí esos cantos populares, célebres é importantes, hasta el punto de que Dante creyera que la lengua italiana no sería perfecta hasta que cantara las armas, y de aquí el que el nombre de un guerrero ilustre se haga tanto ó más célebre que el de cualquier bienhechor de la humanidad.

Pero el guerrero es hombre, y el hombre guerrero; el militar debe ser, ántes que valiente, filósofo. Napoleon decia que no era el valor la primera cualidad del militar.

Creo haber expuesto el concepto de la filosofía de la guerra, y estoy seguro que mis omisiones ó mis errores serán suplidos por la benevolencia de los lectores de LA ILUSTRACION NACIONAL, que verán en mí un paisano que desea militarizarse.

NEMESIO FERNANDEZ-CUESTA.

EL ANACORETA

Era un general de un partido en derrota. Sus entorchados de oro, su faja azul, su tricornio con estrellita encarnada, le fueron arrancados de un plumazo oficial por el Gobierno reinante. Vióse expulsado, escarnecido, reducido á pobreza. Y aquel hombre, en cuya mano poderosa vibró tantas veces el acero de los combates, tuvo que empuñar humil-

demente los utensilios del trabajo. Hizose sastre; su esposa y su hija le ayudaron en su faena, y ejercitándose en este útil oficio, le encontramos cuando fuimos á verle.

Para llegar á su aposento habia que subir muchos escalones; ménos, sin embargo, que los que hubo de bajar él en la militar jerarquia. Habitaba con su familia la buhardilla de un barrio extremo. No admitía visitas. Los resultados de su labor eran puestos en la corriente del comercio por las dos queridas mujeres que le acompañaban. Allí yacía encerrado desde su desgracia. Y puedo aseguráros que no veia del mundo exterior otra cosa que el cuadro siempre igual del cielo gris que se trasparentaba por el tablero de cristallitos, recortados por tiras de plomo, en el marco de la tronera de su exigua morada.

Recibiónos con cierta dureza; sus ojos hundidos entre arrugada piel violácea, su faz fria y amarilla, su barba blanca y aérea como pavesa, infundian un sentimiento de muerte. Mirándole encorvado sobre la tabla lustrada, en la cual desempeñaba las realidades de su forzada profesion, acudiendo en tropel los recuerdos, haciase la ilusion, la cuenta, de que aquello tenia algo que ver con las cosas de campamento. La tela de paño extendida y cruzada por líneas de yeso, parecia un plano de guerra. Las tijeras esgrimidas con ardor febril lanzaban reflejos y crujir de armas. Poned tambien que las doradas tabletillas del metro en zig, zag, fueran una culebrina. De este modo tendréis explicado el temor que imponia aquel hombre, cuya ocupacion parecia tener por remate una batalla.

Fierro (así era nombrado el general), reproducia en esta civilizacion de blanduras y vilezas, el antiguo carácter del guerrero godo. El endeble y sombroso paletó que le cubria, se avenia mal con sus músculos de diamante. Resistente y lúcida armadura pedía aquel cuerpo fornido. Tocaba ya en los años de la vejez; pero habia en su alma raptos de jóven pujanza. Envolviale noble atmósfera de hidalguía, y en sus gestos, en sus ademanes, en sus actitudes, adivinábase al hombre destinado á sojuzgar pueblos por la virtud del valor. Era una naturaleza sufrida. No cabia duda que en la pelea de la suerte contra él, sacaría el infortunio mellado el filo.

Así se presentó á nuestra vista. Era una tarde tristísima de otoño, en una ciudad del Norte. Las brumas caian sobre las calles, llenándolas de sombras blancas. Aunque quedaban al día dos horas en el cielo, en la buhardilla era ya noche. Casi pegado el rostro á su tarea, afanábase Fierro por recoger los últimos rayos de luz. Las mujeres habian salido; yo solo estaba con él. Durante mi estancia allí, apenas hablamos palabra. Cuando la oscuridad hizo imposible el trabajo, el general, soltando los trebejos de cortar, vino á mi lado. Posó una mano sobre las mias, y apretándolas convulsivamente exclamó:

—¡Soy un anacoreta! pero estoy contento. No cambio mis tijeras por un trono. Si algun día me llama mi patria, iré, no á mandar ejércitos, sino á regir operarios. Si; esta constitucion mia sólida y valerosa, no levantará los torreones de tiempos atrás; las fábricas de hoy la reclaman. No vacilo en gritar á mis compañeros: «¡Seguid mi ejemplo!...» —¡Locura! — dirán muchos. Digan lo que quieran. Yo sé que soy feliz, y sé que para defender de viles mi hacienda, ó sea otra hacienda gigantesca que se llama *Patria*, no se necesita pasar la vida sometido á un martirio sin recompensa.

Llamaron en esto á la puerta, salió á abrir Fierro, y bien pronto escuché rumores de besos, vocecillas de amor, murmurios mimosos de pájaros que vuelven al nido. Eran las dos mujeres que, para el desterrado general, convertian la ruin vivienda en un paraíso.

Conmovido, y siguiendo en la oscuridad, con los ojos, el disco dorado de la péndola de un reloj que se columpiaba dulcemente en la pared, exclamé:

¡Qué felices son los anacoretas del trabajo!

JOSÉ DE SILES.

¡BEBAMOS!

Yo quisiera olvidar cómo trajiste
Tu corazón amante á tal estado;
La memoria borrar de tu pasado
Con el beso primero que me diste.
Separar del amor, que no sentiste,
La parte toda que al placer has dado.
Amarte como nadie te haya amado...
¿Que lloro?... ¡Oh, no!... ¡Yo tengo el vino triste!
En horrible ansiedad nos abrasamos,
Y tú mi gozo á mi dolor prefieres...
¡Fuerza será que al fin nos entendamos!
¡Brindemos al amor y á los placeres!
Tienes razón, cantemos y bebamos...
¡Yo también sé querer como tú quieres!

CAYETANO DE ALVEAR.

LA NOVIA DEL REGIMIENTO

Escenas de la vida militar.

Un sargento ó soldado con bigote encarnecido en el servicio, es ya tan difícil de encontrar como el mirlo blanco. Así es que toda la guarnición conoce al sargento graduado alférez García, que frisa ya en los cincuenta años. Viejo, como el fusil de chispa, curtido por el sol de la campaña de Africa, brusco en sus modales, embrutecido en su gesto duro, de mirada investigadora, de voz ronca, que da salida á frases y pensamientos á cuyo final está siempre la palabra *calabozo*, era el más temido, considerándosele como la encarnación de la disciplina y la última palabra de la Ordenanza. Los mismos oficiales saludábanle con deferencia. El coronel le quiere como á uno de esos mastines de guarda, mal humorados y bien provistos de dientes que no dejan pasar á nadie sin ladrar ó morder.

Cuando él estaba de semana, los soldados se lavaban tres veces, ponían clara de huevo en el betún, se cepillaban hasta romper la ropa: el aceró de los fusiles era un espejo, y los botones puntos luminosos: los de servicio barrían minuciosamente el patio del cuartel, recogían la menor arista de paja en los intersticios de las losas, lavaban tanto los retretes, que parecían muebles de lujo. A las cinco de la tarde, García estaba en la puerta, escudriñando con ojos de lince á todos los soldados que salían: ¡desdichado del que se abotonaba á la derecha cuando se mandaba que fuese á la izquierda, ó á la izquierda cuando estaba promulgado abotonarse á la derecha! ¡Desgraciado capote aquel cuyos pliegues no fueran de reglamento, vaina de bayoneta mal desengrasada, ó plumero demasiado inclinado ó demasiado derecho!

El sargento todo lo ve, lo adivina todo. El culpable coge una escoba, en vez de tomar el aire.

II

Hoy García es otro hombre. Casi es melancólica su mirada, y anda preocupado, distraído. Olvida á veces enterarse de si se cumplen los castigos que impone. Los quintos respiran, los soldados salen del cuartel con botas de media caña de color y los de servicio se toman grandes descansos.

¿Cómo ha podido ablandarse el coriáceo corazón del veterano?

Hé aquí lo que sucedía.

Desde un mes ántes, día más ó menos, en todos los partes y denuncias figuraba un nombre: Pepilla.

El sargento Perez ha tratado de introducir en el cuartel á una mujer llamada Pepilla.—Cuatro días de arresto.

El cabo Fernandez fué visto el domingo acompañando á una mujer de mala traza. Ha confesado que era una llamada Pepilla.—Tres días de arresto.

El soldado Juan Rana, estando de centinela, fué sorprendido en su garita hablando con una joven, que el culpable declaró se llamaba Pepilla.—Ocho días de calabozo.

Pepilla por aquí, Pepilla por allá, Pepilla en todo, los papeles del regimiento. El nombre de Pepilla en

todos los labios. Y García nunca la vió. Este nombre de mujer en diminutivo, es lo que le preocupa.

—¡Qué hermosa debe ser! murmura entre dos tacos cuando ententece á toda la tropa de los sargentos primeros hasta los soldados.

García tan pronto se figura que es rubia, sonrosada y gruesecita, como morena, delgada, con ojos negros y ardientes... El pobre alférez graduado, de la clase de sargentos, no tiene ya calma suficiente para nada. Procura distraerse en sus ratos de ocio, jugar á las damas, enseñar el ejercicio á su perro de aguas, fumar echando el humo por las narices, entretenerse en algo... ¡Imposible! ya no puede dudar. Será estúpido, pero es evidente, se acomete al contagio. Está, como todo el cuartel, enamorado de Pepilla.

III

Una mañana recibió la siguiente orden por escrito: «El alférez-sargento García buscará en el más breve plazo posible á la llamada Pepilla, indicada en varios partes como culpable de la indisciplina del regimiento.»

—¡Por fin, voy á conocerla!—gritó.

¡Y qué emoción! ¡qué preparativos! ¡qué órdenes repetidas, detalladas!

Ve á un quinto que pasa por el patio, andando torpemente, sin marcialidad, como sorprendido al verse de uniforme.

—¡Eh! tú, recluta, ven acá. Necesito un informe.

¿Conoces á una llamada Pepilla?

El quinto se ruboriza, y balbucea:

—Sí, mi alférez...; no, mi alférez.

—¡Cálmate, mil bombas! La conoces, ¿sí ó no?

—Parece, mi alférez, que es una buena pieza.

—¿La conoces?

—En cuanto á conocerla, no la conozco; pero tampoco me es desconocida.

—¿Qué galimatías es ese?

—Es decir que no la he visto nunca. Pero los antiguos de mi dormitorio hablan mucho de ella.

—¿Es eso todo lo que sabes?

—Todo.

—¡Al avio, paso ligero!

Manda llamar á un soldado (próximo á licenciarse), que tiene reputación de Tenorio.

—¡Atención al parche! Tú eres un seductor. Me han hablado de cierta Pepilla...

—¡Oh! hermosa jembra, mi alférez.

—¿Rubia ó morena?

—Rubia, morena, ó de pelo castaño.

—Ya sé que á ti te gustan todas. ¿Dónde encontraría yo á esa Pepilla?

—Unas veces está por aquí cerca, y otras un poco más léjos.

El soldado sonríe. El alférez se turba.

—¡Este condenado se burla de mí! ¿Habrá adivinado que yo la amo?—Basta. ¡Media vuelta!

García está rabioso. Traga saliva, corre á la puerta del cuartel, y detiene á un cabo que sale.

—¡Vaya! me cogió. El alférez me ha visto los botitos.

—¿No está V. de servicio?

—No, mi alférez, por eso salgo.

—Entonces...

El desdichado busca una transición, y no da con ella. El cabo espera, asustado, sin bajar la mano de la visera.

—¿Entonces, tartamudea García, tal vez conozca usted á una tal Pepilla?...

—¡Ya lo creo! contesta el cabo alegremente. Aquí la conocemos todos.

—Una rubia muy linda ¿eh? murmura el alférez, rojo como una cereza y bajando los ojos.

—¿Rubia? No, señor. Negra como la boca de lobo.

—¿Dónde vive?

—En ninguna parte y en todos los sitios. Haga sol ó lluvia, siempre está en la calle: los domingos en el Tío Vivo, por la tarde rondando cerca del cuartel, por la noche viendo los escarpatos. Basta salir para encontrarla.

García emprende la campaña. ¡Yo la encontraré! Ordena á todos los centinelas que detengan á todas las mujeres sospechosas, y á las patrullas que las lleven á su presencia. Visita las tabernas. Encuentra

Paquitas, Dolores, pero ni una Pepilla. Este misterio, estas decepciones, avivan el amor del alférez. Pierde la sed, el apetito, la brújula, y lo castiga un oficial de guardia por primera vez.

IV

Una noche lo despiertan de improviso. Llamán á la puerta de su cuarto.

Abre. Es el sargento de guardia, con su farol en la mano.

—Mi alférez, la patrulla acaba de traer...

—¿A Pepilla?

—No, á un gastador.

—¿El que faltó á la lista de esta noche?

—Sí, pero...

—¡Al calabozo!

—¡Está acribillado de heridas!

—¡Rayos y truenos! Alla voy. Que manden aviso al físico.

En el patio, sobre las tablas desunidas de una camilla, está el gastador tendido boca arriba, inmóvil, con el rostro pálido, el pelo y la barba llenos de barro, los ojos fijos. Los hombres de la patrulla lo rodean, examinan sus heridas á la luz de otro farol que uno de ellos levanta en alto.

Llega el físico, cura las heridas, vierte algunas gotas de cognac en los labios del moribundo que recobra poco á poco el conocimiento.

—¿Qué es esto? pregunta García al jefe, de patrulla.

—Mi alférez, hemos encontrado á este gastador en la esquina de la calle tendido sobre la acera, en el estado que V. vé. Creo que el culpable es un carnicero á quien han visto algunos esta tarde dando el brazo á la novia de éste.

—¿Quién es su novia?

—Pepilla, gime el gastador.

García, temblando, le dice:

—Te engañaba con un carnicero. Has reñido con tu rival que te ha herido. ¿No es eso?

—Sí.

Transportar al gastador á la enfermería, era matarlo. Permaneció, pues, en el patio. Los de guardia pusieronle debajo una colchoneta y encendieron un brasero para atenuar el frío. El paciente se queja.

El parte del día siguiente le castiga para el día de su curación:

Treinta días de calabozo. Motivo: haber trabado disputa con un paisano y dejarse desarmar.

El físico se encoge de hombros.

—No necesita eso. Va á estar preso á perpetuidad entre cuatro tablas.

Al amanecer, el alférez vuelve á ver al herido.

—¿Querías mucho á esa Pepilla? le pregunta al oído con voz ronca.

—Sí, suspira el moribundo.

Después parece inquieto, frunce las cejas, como vacilando ántes de hablar; de repente, con un gesto de decisión:

—Escuche V., mi alférez, acérquese V., porque ya casi no tengo voz. En el fondo, V. no es malo. ¿Quiere V. hacerme un favor? Cuando me entierren, vaya V., sin decirselo á nadie, á buscar á María Lopez, la tabernera de la tienda pintada de rojo y verde, la de la esquina... dígala usted..., que aunque muero por su causa la perdono... la quiero... que he pensado en ella hasta el último minuto.

—¿Cómo! ¿No decías anoche que se llamaba Pepilla?

—¡Oh! Eso de Pepilla es otra cosa, contestó el gastador sonriendo levemente (ya no tengo por que mentir, porque me muero...) como nos obligan cuando faltamos... por causa de una mujer... á decir su nombre... y eso es grave... por no querer nadie causar disgustos á la que le quiere... nos hemos convenido todos, para contestar á los oficiales, sea quien sea la mujer de que se trate, se llama Pepilla. Un nombre que hemos inventado. ¿Comprende V.?

—¿Pero entonces, Pepilla?... insistió García pali-deciendo.

—No existe, reiteró el gastador.

Y entró en la agonía.

EDUARDO LOPEZ BAGO.

SOBRE CUBIERTA

Don Juan y el épouantable comendador estaban en todos los teatros de Madrid.

¡Qué semana tan triste!

Cadáveres en todas partes, y buñuelos, y otras suciedades sirviendo de golosinas á la muchedumbre.

No he conseguido explicarme la analogía que encontrará el pueblo soberano entre *Don Juan Tenorio* y los buñuelos, y ménos aún entre Tenorios, buñuelos y fiesta de Todos los Santos.

La festividad es de las más notables en el año.

Como lo mismo celebra la Iglesia católica, en semejante día, salvo la parte, á San Juan Evangelista que al Santo ménos instruido en ciencias humanas.

De manera que en esa festividad á todos los vivos nos corresponde una parte: todos estamos «de días.»

¡Cuánto *Juan Tenorio* hemos visto en pocos días! Algunos «¡cuán bellos y cuán parecidos!»

Yo creo que el público toma por práctica piadosa la asistencia en esta época del año á los teatros donde representan el drama del ilustre D. José Zorrilla.

En el *Tenorio* está encerrado el pueblo español de ayer, y observen ustedes que no me corro á decir que también gran parte del pueblo de hoy se ve retratado en la figura del protagonista.

Para las mujeres ofrece aún más encantos la obra.

Si se consultara á las que se hallan en un teatro durante la ejecución del *Tenorio*, responderían, casi «por sufragio universal:»

—Comprendo á doña Inés y á doña Ana, y demás amores de acompañamiento. *D. Juan* convence á una mujer, aún cuando sea de mármol.

Mármol, en quien doña Inés, etc.

Pensándolo despacio, es decir, pensándolo durante todo el año, vivimos los españoles interpretando el *Tenorio*.

Pero en esta época se refrescan las ideas.

Hay padre que amonesta á un hijo, diciéndole, al poco más ó ménos lo que *D. Diego Tenorio* á *Juanito*, ántes de la *bofetá* moral.

Esposo que de regreso en el domicilio conyugal pregunta á su esposa:

—¿La hostería del Laurel?

—¿Has perdido el juicio, le pregunta la esposa alarmada, ó vienes *convulsado*?

Cuando el estudiante aprovecha las noches serenas para pasear á su modista, en el Prado ó en otro apartado sitio, lo primero que se le ocurre es sentarse con ella en algun banco al aire libre, cuanto más libre mejor, y romper á decirle:

—«¡Ah! ¿No es cierto, ángel de amor, que en esta apartada orilla?...»

Y luego cuanto le ocurra de original, é inédito, ó inaudito, sinónimos, en opinion de uno de esos que escriben para los teatros, y para la prensa, y para la tribuna.

Si en el momento en que saca á luz la faca ó el puñal, el revólver ó la pistola, el individuo que se dispone á matar á otro, dijese lo que piensa, no hay duda que respondería:

—Y tú, insensato, que me llamas vil ladrón, dí, en prueba de mi razón, que cara á cara te mato. (Chirlo, ó balazo, y telón.)

Ya diría alguna pobrecita muchacha, si la dejaran, y no anduviesen listos sus padres ó tutores, ó hermanos, ó lo que sean:

—¡Fulano!

«Arráncame el corazón, ó ámame, porque te adoro.»

Considerado el drama como fantástico, no resulta, porque desde qué háy apóstoles de *jongo* y cha-

quetón, arreglados á nuestros días, que sanan, según dicen ellos, á los enfermos, no hay magia que inspire interés ni novedad.

En España acostumbramos á llegar más allá que todas las maravillas.

Como drama religioso, el drama del insigne Zorrilla, no es religioso; por lo ménos, dentro del criterio católico no cabe.

Es obra española, de fuego y de música.

Mucha valentía y mucho amor.

Estos resortes excitan á nuestro público.

Saliendo de un teatro, despues de ver una representación del *Tenorio*, el último jóven de obra prima se considera capaz de convidar á comer al comendador, si puede disponer de algun dinero.

El más *desnificante* ciudadano, si tropieza con una *doña Inés*, jóven, guapa, simpita y acompañada de alguna *Brigida*, se declara.

Despues de tomar la *pitima*, es cuando los más ó ménos *Tenorios* ó *Juanes* ó *Centellas* se quedan dormidos sobre una mesa ó se tornan peleones y andan á golpes por cualquier cosa.

Como estamos tan identificados con cuanto sea *guapeza*, y atrevimiento, y «golpes de gracia», lo estamos con el drama fantástico-religioso .. y demás, que representan en casi todos los teatros de España en estos días.

Si el empresario del teatro de la Ópera hubiera conocido sus intereses, habria inaugurado la temporada con la partitura de *Don Juan*, aunque la hubiese cantado cualquier dependiente de la empresa.

¡Pero no lo pensó!

Verdad es que la ocurrencia de rebajar el precio de las localidades es de más efecto que cuantas hubieran asaltado la hermosa cabeza visible de la ópera italiana en Madrid.

Es lo único que no acostumbramos á ver que se rebaja: los precios de los artículos de primera necesidad, ni los de artículos de lujo.

Esto es muy fácil de explicar, por el procedimiento de un mi amigo, aficionado á ministro de Hacienda:

—Lo que se utiliza y es necesario, debe pagarlo el que lo usa, y cuanto más, mejor; y respecto á lo que no es de necesidad, también debe pagarlo, y no poco, puesto que es artículo de lujo.

Aparte de eso, no hay cosa que no se rebaje en sociedad.

De personas rebajadas no hablemos.

He oido decir que los tahoneros se disponen á dejar el arte y á darse de baja en la corporación, si persiste el general Salamanca en sus proyectos, que ya han pasado á ser prácticas.

Los tahoneros de la clase de paisano se declararán vencidos.

El pan se divide ahora: en pan uniformado y pan de paisano.

Entre las persecuciones con que algunos tenientes de alcalde afligen á los tahoneros imperfectos, esto es, faltas de peso, y la competencia del pan de todas las armas, el instituto de tahoneros del reino está amenazado de graves crisis.

Así decía uno de ellos, en una de las noches últimas:

—¿Cómo están las *facullades* en este país! Ya no puede uno ni seguir la carrera de tahonero.

EDUARDO DE PALACIO.

VARIEDADES

—¡Lástima grande que este hombre no se case! decía una sesentona hablando de un artista célebre. Sería el modelo de los maridos.

—Sí, señora, respondió un amigo; pero él prefiere ser el marido de los modelos.

Un amigo entra en casa de Fulanez, que está algo enfermo. Al entrar se encuentra con el doctor X que sale.

—Oye, le pregunta al enfermo: ¿por qué te haces visitar por un médico tan desacreditado?

—Por gratitud.

—¿Cómo!

—Es el que asistió á mi suegra en la enfermedad de que murió.

A un soldado le dieron licencia con objeto de que pudiera ver á su familia, que estaba en Aranjuez, Tomó billete de ida y vuelta, y se metió en el tren que salía de Madrid á las ocho y media de la noche.

En el mismo vagon iba el cura de un pueblo inmediato.

El soldado juraba mucho por cualquier cosa.

—Señor soldado, le dijo el cura: V. va en este instante camino del infierno.

—¿Y qué me importa? respondió el soldado; llevo billete de ida y vuelta.

Un ratero que se hallaba enfermo en un hospital, pidió á un enfermero que le diera una taza de tila para calmar los nervios.

—¿La quieres con cucharilla de plata? le preguntó el mozo intencionadamente.

—Gracias, respondió el enfermo; conozco que es usted una persona caritativa.

Un autor presentó un drama malísimo á un primer actor, que ya con otro título conocía la obra.

En la cubierta se leía:

«La acción del primer cuadro, en el *Polo*.»

El actor no quiso admitir el drama, y se excusó diciendo al autor:

—Lo lamento extraordinariamente; pero en este teatro no representamos obras *flamencas*.

Estos *apóstoles* de ahora son más morigerados que los auténticos.

A los primitivos los he visto muchas veces cenando, y éstos no comen, ni beben, ni piden, ni gastan dinero en ropa.

EN UNA OFICINA MILITAR

Un jefe de negociado manda á un ordenanza á su casa á ver si se ha dejado encima de la mesa la llave del pupitre.

El ordenanza regresa y se presenta ante el jefe.

—¿Y bien, la llave?

—Efectivamente, señor, estaba sobre la mesa.

—Bueno, dámela.

—No la tengo.

—¿Pero no la traes?

—No, señor, he cumplido sus órdenes; he visto que la llave está sobre la mesa, y le traigo la respuesta.

ESCUELA DE ORIENTACION

—¿Hacia qué punto marchamos?

—Hacia el medio día.

—¿Por qué?

—Porque son ya las once y media.

—¿Cuándo acabará usted de ser un mal soldado? No pasa día sin que cometa usted una falta.

—Oh, señor sargento! yo estoy animado de la mejor voluntad; pero cuando se ha bebido una copa de más, ya sabe usted por experiencia lo que sucede.

PENSAMIENTOS DE LA EDAD MEDIA

De los amigos aquellos aved por verdaderos que en vuestra primera fortuna vos amaron: ca el que amigo es, en todo tiempo ama.—*Diego de Valera*.

El que se rinde non finca vencedor: nin el que mete el pié en la red non le saca cuando quiere.—*Diez de Gamaz*.

El que non vence la suma la voluntad, ántes se va en pos della, finca vencido: así el que á su voluntad non es para vencer, mucho ménos será para vencer sus enemigos: e la su poca constancia le fará perder la vergüenza e caer en deshonor.—*Diez de Gamaz*.